This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

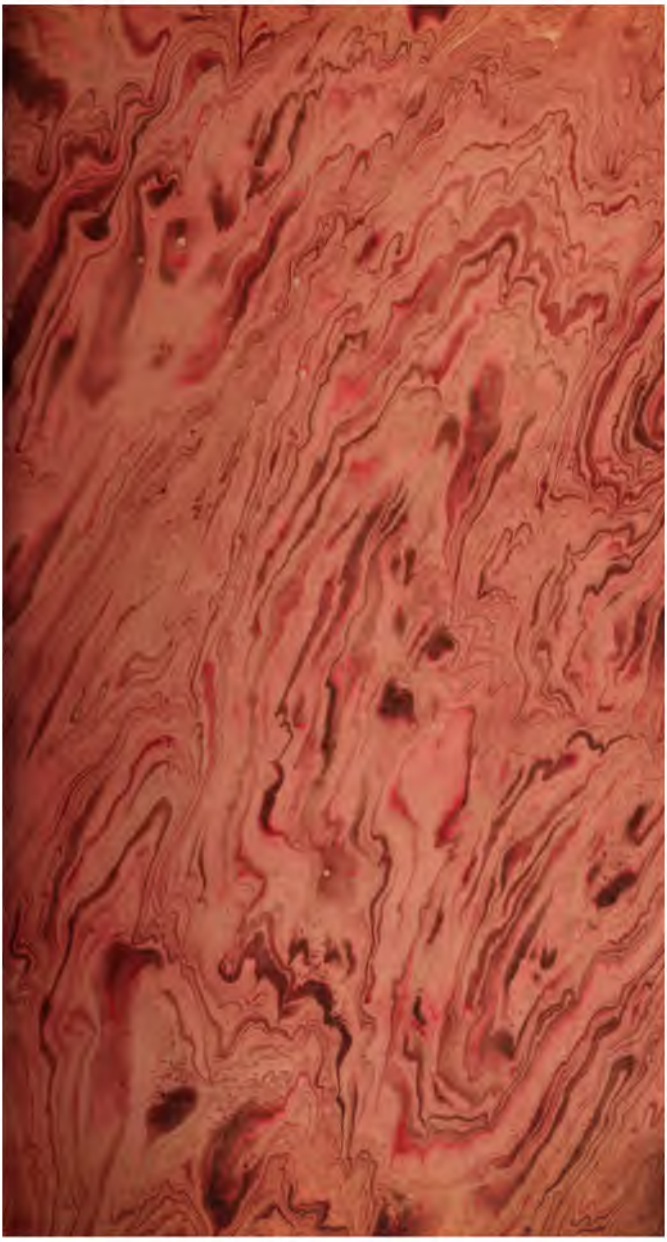
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

G
463
.S26
M39

A 408126

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
1817
LIBRARIES



4 pm 6

ANUNCIO.

El autor de este folleto se ocupa actualmente en corregir y coleccionar todas sus obras literarias, en prosa y verso, de que dará en breve á luz una esmerada edicion. Esta constará de cinco á seis tomos, conteniendo varias obras inéditas y todas las publicadas hasta aquí, excepto las políticas ó de carácter local. Los señores comisionados que dirijan sus pedidos un mes despues de recibido el prospecto, disfrutarán una ventaja proporcional á los pedidos que hagan, siendo ésta, lo ménos, de un 25 por 100.

Es propiedad.

PARÍS. — IMPRENTA DE WALDER,
CALLE BONAPARTE, 42.

SARMENTICIDIO

ó

A MAL SARMIENTO

BUENA PODADERA

Refutacion, comentario, réplica, folleto ó como quiera llamarse esta quisicosa que, en respuesta á los viajes publicados sin ton ni son por un tal Sarmiento, ha escrito á ratos perdidos un tal

J. M. VILLERGAS.

AGENCIA GENERAL DE LA LIBRERIA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA
PARIS
QUAI VOLTAIRE, 9.
MADRID
CALLE DEL CARMEN, 51.
Entrada por la de Preciados, 50.
Casa de recibo para todas las Agencias de PARIS.

PARIS

AGENCIA GENERAL

DE LA

LIBRERÍA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA

Quai Voltaire, 9.

1853

G
463
.S26
M39

68 7 3 0 1 2

PROLOGO DEL AUTOR.

De algunos años á esta parte han tomado los viajeros franceses el estribillo de divertir á su pueblo á costa de la nacion española, llegando esta monomania hasta el punto de que hay escritores que no han salido de Francia y publican obras voluminosas contando acerca de las costumbres de España las cosas mas absurdas y extravagantes. Otros efectivamente han viajado, pero léjos de decir á su regreso lo que han visto, forjan los mayores disparates, y lo que es peor, pagan con el insulto la hidalga hospitalidad que han recibido. Yo recuerdo haber visto en Madrid á M. Roger de Beauvoir, quien por su recomendacion de literato francés recibió las muestras de afectuosa consideracion propias de nuestro caracter leal y franco. Por casualidad se habia traducido un drama de dicho autor

titulado, *El mulato*, y la empresa del teatro del Príncipe se apresuró á poner en escena este drama, casi olvidado ya en Madrid por su escaso mérito literario, todo con el objeto de lisonjear el amor propio de M. Roger de Beauvoir á quien dió gratis uno de los mejores palcos; de modo que este pobre hombre sorprendido, anonadado con los agasajos de que era objeto apénas encontraba palabras con que expresar su gratitud. « ¡ Oh ! decia, nunca olvidaré la noble acogida que me han hecho los españoles cuyas bondades haré conocer a mis paisanos. » ¿ Pero qué sucedió? A los quince dias de haber salido de Madrid, tuvo el descaro de remitir á las mismas personas que le habian obsequiado, un folletin suyo en que hablaba de los españoles como de una tribu salvaje; ponia en ridículo la ejecucion de su drama despues de haber dicho que le habia hecho mejor efecto en el teatro de Madrid que en los de Paris; decia que le habian convidado á ver la funcion á la que asistió no tanto por gusto como porque temia que le diesen una puñalada, en fin, seria muy largo de contar todo lo que contenia aquel innoble folletin.

Todo el mundo sabe tambien las patrañas que

Alejandro Dumas publicó á su vuelta de España, pero francamente, los españoles no hacemos mucho caso de lo que contra nosotros digan los autores franceses, porque comprendemos la precision en que se ven de inventar fábulas, de referir cosas extraordinarias para llamar la atencion en un pueblo cansado ya hasta de los buenos libros.

En esta inteligencia bien pueden los franceses desgañitarse en la inutil tarea de desacreditar á España seguros de que no hemos de tomar á pechos sus insultos los que tampoco agradecemos sus elogios. Pero ha llegado á mis manos una obra de Viajes, publicada en Chile por un tal Sarmiento, el cual no tanto tal vez por antipatia como por espiritu de servil imitacion pone á los españoles como ropa de pascua,

En vista de esto y no queriendo yo que circulen impunemente especies que puedan rebajar el buen concepto de los españoles entre nuestros hermanos de América, he creido conveniente escribir esta refutacion que espero recibiran los americanos con su habitual benevolencia.

A D. F. SARMIENTO.

¡Ay! ¡he vivido mucho!
Como dice Timon; he visto un dia
Tributarse en Madrid, que es pueblo ducho
En la galantería,
Obsequios y cumplidos,
Mas finos cuanto mas inmerecidos,
A *Roger de Beauvoir*, gran literato
Y autor, entre otras cosas, de *El Mulato*;
Obra, á la vez, de ingenio blando y duro,
Música sin andante y sin alegro,
Drama del gusto gris, mulato puro,
Es decir, medio blanco medio negro.

He visto á este escritor volver á Francia
Dando pasto á estrambóticos errores,
Contando muchos cuentos sin sustancia
Y pagando en injurias los favores.
Mas no enconado y ciego
Castigar debo aquí la digna hazaña

De este oscuro francés... He visto luego,
En ese suelo de la noble España,
Accesible al amigo y al ingrato,
A *Dumas* el insigne literato,
Lumbrera del Francés romanticismo,
Autor, y mas que autor de otro *mulato,*
Porque es mulato él mismo.

He visto á este sugeto
En la patria de Lope y de Moreto,
País que él ensalzaba
En tanto que á sus planes convenia,
Y emociones gozaba,
Y obsequios recibia,
Y los *Habanos* célebres fumaba,
Y el buen vino de Málaga bebia.

He visto, en fin, á este hombre
Que alcanzó con sus dramas y novelas
Un envidiable y merecido nombre,
A su vuelta ensartar mil... bagatelas;
Y haciendo á España blanco de sus iras
No diré mil... ¡millones de mentiras!

Estas cosas he visto, y sin embargo
Nunca las dí valor, pues me hago cargo
De la chispa traviesa
Y el carácter ligero
De la nacion francesa,

Donde el hombre mas rígido y austero
Rinde culto al feroz charlatanismo,
Y por brillar ó por ganar dinero
Se burla de su padre y de sí mismo.

Pruébanos este aserto la experiencia,
Y así la desdeñosa indiferencia
Sigue al francés que afable ó inclemente
Se ostenta amigo ó enemigo ardiente
Y en plausos ó insultos se desata,
Porque se sabe bien que de esta gente
Ni el dulce llena ni el veneno mata.

Mas si el tiro de tales badulaques
Sabemos recibir á sangre fria,
Confieso, y juro por el alma mia,
Que al ver otros ataques
No se puede tener filosofía.

¡Doble sus golpes la extranjera saña
Contra un pueblo que siempre al atrevido
Concede compasion, desden ú olvido!
Pero, en verdad, lo que á los nervios daña,
Lo que dá á un español grima ó tormento,
Es la conducta extraña
De un hombre como usted, señor Sarmiento.
¡Insultar á la España!
¡Lanzar contra su raza, por manía,
Una crítica injusta, brusca y seca...

Despues de Cham y usted solo lo haria
El que asó la manteca!
Yo, digo lo que siento,
No le conozco á usted, señor Sarmiento,
Si no es para servirle; pero un hombre,
Mentar oyendo de Sarmiento el nombre,
Tales señas me ha dado.....
Que le estoy viendo á usted pintiparado.
Si guardan bien de la verdad la valla
El informe de este hombre y mi memoria,
Parece que es usted corto de talla,
Pero gigante en la ambicion de gloria :
Cosa que no censuro ni critico;
Antes bien, la comprendo y me la explico.

Siendo, en efecto, usted, de los pequeños...
Quiero decir, de breves proporciones,
No me sorprenden sus dorados sueños,
Quiero decir, sus locas ilusiones;
Que á veces los mas ínfimos mortales,
Es decir, los de cortas dimensiones,
Abrigan esperanzas colosales,
Es decir, insolentes pretensiones.

Pero sí, me sorprende, lo repito,
La no envidiable hazaña
Con que, por el prurito
De hacerse singular, insulta á España

Un retoño español, vástago acaso
De la nata y la flor de aquella gente
Que aunque en número escaso
Llenar pudo ella sola un continente.

Y esto, señor Sarmiento, francamente,
Lo digo porque estoy bien convencido
De que es usted, aunque le dé tormento,
De orígen español; que su apellido
Fuera, sino, distinto de Sarmiento.

Sí por cierto, mi amigo, esa palabra,
Que quizá sus orejas descalabra,
Es palabra española;
Y sirve por sí sola
Para nombrar el vástago lozano
En que crecen las uvas,
Cuyo jugo exquisito, soberano,
Llena de rico néctar sendas cubas.

Ahora bien; si la voz es castellana,
Porque fuera el negarlo empresa vana,
Aunque en contrario arguya el orbe entero,
Su apellido de usted no es extranjero;
Y no siendo extranjero su apellido
¿De dónde quiere usted que haya salido?
¿De dónde ha de salir? pregunta extraña;
¡De lo mas español que hay en España!

Un medio hay todavía, si tal tedio
Le inspira á usted la castellana gente,
Para negar, en fin, lógicamente
Su orígen español; pero este medio,
Que no promete grandes resultados
Y en cuestiones intérnase vedadas,
Fuera un bochorno á sus antepasados,
Y una calumnia á sus antepasadas.
¡Mal medio, detestable, impuro y loco!
Ni usted le aceptará ni yo tampoco.
Pero entónces, no marra;
Esto quiere decir, yo no lo invento,
Que España, por ejemplo, es una parra
De la cual ha brotado ese Sarmiento.
Por ese me enardece
Una conducta que, de usted en mengua,
Ninguna humana lengua
Podrá calificar como merece.
Y en efecto, señor, venga un venablo
Que el pecho me taladre
Sino es el mismo diablo
Quien al hijo azuzó contra su madre.
Si señor, se lo digo francamente,
Tal proceder el corazon desgarra,
Por mas que alguno demostrar intente
Que en el mundo no hay cosa mas bizarra
Que *un sarmiento subiéndose á la parra.*

¿Quién le ha prestado á usted la virulencia
Con que á mi patria injuria; quien la tinta
Con que imprime un borron en su conciencia
Cuando de España las costumbres pinta?
¡Quién ha de ser! la vanidad sin duda;
Esa pobre pasion que ofusca al hombre
Cuando tiene apetito de renombre
Y no del genio la potente ayuda.

El afan de lucir es muy frecuente;
Solo que unos lo colman en la tierra,
Ya brillando en las artes, ya en la guerra,
Y otros por malos medios solamente.
Hay ente que en su anhelo furibundo
De llamar la atencion en este mundo,
Lleva calzon azul con una franja
De color de naranja,
Plagados de troneras los zapatos,
Corbatin y chaleco de una pieza,
Baston con garabatos
Y una especie de embudo en la cabeza.
La vanidad humana
Consigna á cada paso una simpleza.
Por una gloria vana
Quemó Erostrato el templo de Diana,
Y usted por vana gloria
Maldice de su raza la memoria:
Vana gloria que causa sentimiento

Y que supone, porque usted lo sepa,
Un corazon, no solo de sarmiento,
Sino de inerte y carcomida cepa.

Yo no quiero seguir el mal ejemplo
Del que fama adquirió quemando un templo,
Ni parodiar la saña
Que, ya por ignorancia ó por malicia,
Muestra usted abrigar contra la España,
Un torpe alarde haciendo de injusticia.
Pero siento tambien mi sed de gloria:
Lanzar mi nombre anhelo cual ninguno
Al Panteon de la historia,
Como decia el inmortal tribuno;
Y voy á hacer un libro, pero miento,
Que un folleto es no mas, señor Sarmiento:
Un folleto oportuno
En cuyas líneas, por pasar el rato
Y llamar la atencion de cualquier modo,
Cometeré el infame desacato
De probar que es usted..... *gran literato*
Y hombre de *juicio recto*, sobre todo.

J. M. V.

Paris.—Agosto—1853.

CAPITULO PRIMERO.

Errores del señor Sarmiento, respecto á la historia, literatura y carácter de los franceses.

Despues de haber dirigido al señor D. F. Sarmiento la palabra en verso, séame permitido dirigirla al público en prosa, y creo conveniente explicar la razon de la forma con que prefiero hablar á cada uno. Hablo en prosa al público, porque seria muy difícil adaptar el verso á lo mucho que tengo que decirle, y hablo en verso al señor Sarmiento para no dar á este caballero por la vena del gusto; pues segun lo que he podido traslucir, si el señor de Sarmiento no es un escritor eminentemente prosáico, al ménos es un hombre apasionadamente amigo de la prosa; y basta de preámbulo.

Algunos de mis lectores habrán probablemente leido la obra publicada, por un tal D. F. Sarmiento, bajo el epígrafe de *Viajes en Europa, Africa y América;* y digo probablemente, despues de limitar algo el número de los lectores de dicha obra, no porque yo crea que los tales *viajes* no merecen ser leidos por todo vicho viviente, sino porque no todas las inteligencias están cultivadas suficientemente ó templadas á propósito para hallar atractivo en los escritos del señor Sarmiento. Tampoco quiero decir que este autor escribe mal, como suponen algunos, sino al contrario, creo que tiene tanto talento, tanta imaginacion... que se pierde de vista. Además, el estudio que dicho señor ha hecho de la lengua francesa, es un inconveniente para

que entiendan su castellano los que no tienen la dicha de conocer el francés; porque este autor ha barajado de tal modo los dos idiomas, ha hecho en fin tal mezcolanza de palabras y de frases, que no seria posible decidir cual es la lengua dominante en la obra á que me refiero. Asi, este escritor puede envanecerse de tener pensamientos tan elevados, tan sublimes, que se escapan á la comprension de las inteligencias vulgares, y al mismo tiempo puede jactarse de escribir en una lengua medio francesa medio española que tiene el privilegio de no estar al alcance de los españoles ni de los franceses.

Tal es el concepto que el señor Sarmiento me merece, y así no parecerá extraño que yo tenga un placer en participar, aunque no con frecuencia, de las opiniones de tan extraordinario escritor. Por ejemplo, voy á citar un parrafito de los susodichos viajes en que yo, que apénas he dado un ligero paseo por España y Francia, estoy de acuerdo con un hombre que ha recorrido las tres quintas partes del mundo. Dice así: «Hay para mí algo de tan santo en las grandes desgracias de los pueblos, que creo complicidad imperdonable el silencio siquiera, cuando otros se permiten juzgarlos mal.» Yo digo lo mismo, y como el señor Sarmiento ha juzgado en mi concepto mal á la España, no debo guardar un silencio que equivaldria á una imperdonable complicidad. En efecto, el señor Sarmiento ha juzgado mal al pueblo español, como lo probaré mas adelante, y no porque dicho señor carezca de talento y de conciencia, sino tal vez porque su rica imaginacion se mece á una altura tan grande, que le hace ver el mundo, como á D. Simplicio, del tamaño de un cañamon.

Y esto es tan cierto que la confusion de ideas del señor Sarmiento se descubre en todas sus elucubraciones; ya pinte las costumbres de los pueblos que ha

recorrido, ya contemple la naturaleza, ya examine el arte, ya en fin discurra sobre cualquiera de los puntos político-económico-literario-filosófico-sociales comprendidos en su obra, verdadero laberinto donde temo penetrar, seguro de no hallar la salida sin el auxilio de un hilo como el de Ariadna.

Pero he padecido una equivocacion al decir que el señor Sarmiento pinta las costumbres, cuando solo se entretiene á veces en repetir cuentos tradicionales como el de Roberto el Diablo que trae por los cabellos en su viaje del Havre á Paris : « Una vieja crónica (dice) cuenta que Roberto, hijo de un gobernador de Neustria en tiempo de Pepino..... » Me es imposible continuar sin hacer algunas observaciones, y la primera es preguntar al autor, quién es ese Pepino que parece, segun él, haber merecido alguna celebridad en Francia. Yo no tengo noticia de que haya figurado en la historia ningun individuo de esa fruta conocida con el nombre de *pepino*, digna cuando mas de figurar en la ensalada, ni pienso devanarme los sesos para averiguarlo, que no es cosa de descalabazarse por un pepino.

Sin embargo, la analogía me dice á mí que el señor Sarmiento quiere hablar del francés Pepin, llamado en español Pipino, para evitar el equívoco ; pero aunque así sea, falta saber si el autor se refiere á Pipino el *Gordo*, mayordomo de palacio, que tuvo una gran influencia en los destinos públicos, ó al rey Pipino, llamado el *Brebe* por su reducido volúmen, como que en esta parte dicho personaje y el señor Sarmiento tendrian poco que echarse en cara, pudiendo llamarse á este el Pipino de los sarmientos, y al otro el Sarmiento de los Pipinos. Ahora voy á concluir el periodo que habia empezado á copiar, aunque mas valdrá copiarlo desde la cruz á la fecha. « Una vieja crónica cuenta, que Roberto, hijo de un gobernador de Neustria, en tiempo de Pepino, mató á su maestro de una puñalada ; mas tarde

se presentó en la vecindad de Ruan en un monasterio, hizo reunir la comunidad, escogió la monjita mas salada, y se la llevó al campo y la violó. »

¡Vean ustedes qué párrafo tan elegante, tan sublime y tan desvergonzado! Pero ¿qué digo, desvergonzado? Nada de eso. Las obras deben juzgarse conforme al carácter y á la importancia de sus autores, ó por lo ménos, así se juzgan generalmente. Partiendo de este principio, yo acepto este párrafo, que si fuera de algun escritor adocenado como Chateaubriand, Byron, Quintana ú otros zarramplines por el estilo, me pareceria indigno de ver la pública luz y sobre todo indigno de caer en manos de las púdicas doncellas; pero siendo de un hombre tan eminente como el señor Sarmiento, es incapaz de ofender á nadie, y estoy seguro de que será leido sin rubor hasta por los mas acérrimos partidarios de las malas costumbres.

El mismo respeto me inspira el juicio que hace el señor Sarmiento de la literatura francesa, y es como sigue :

« Estas alucinaciones (dice hablando de la arquitectura) no carecen sin embargo de ejemplos mas altos. ¿No se moria de fastidio Buffon al oir á Saint-Pierre leer su Paulo y Virginia?... »

Decididamente el señor Sarmiento sabe mucho; pero es poco afortunado para traducir nombres propios del francés. Antes tradujo *Pepino* por *Pipino*, y ahora traduce *Paulo* por *Pablo*. ¿Ignora el señor Sarmiento, por ventura... (y no por Ventura de la Vega de quien hablarémos despues) ¿ignora, digo, el profundo sabio, de quien me ocupo, que el nombre *Paul* en francés es equivalente á Pablo en español? No por cierto; es imposible que el señor Sarmiento sea tan ignorante, solo que, lo repito, tiene mala fortuna para esto de traducir nombres propios : siempre los hace impropios.

«¿No han dado coces los españoles, continúa el

autor, Martinez de la Rosa el primero, contra la rehabilitacion del arte romántico, ellos á quienes esta resurreccion de Lope de Vega y Calderon les venia á dar papel en la historia de la inteligencia humana en que ni ántes ni despues tomaron parte? ¿Pueden llamarse clásicos los que no han estudiado nunca el griego?»

Una fábrica de papel continuo necesitaria yo tener á mi disposicion si fuera á escribir todo lo que me ocurre acerca del parrafito que acabo de copiar, y eso sin detenerme á criticar la palabra *coces* que hasta en una obra del señor Sarmiento me parece un si no es malsonante y chapucera. Hé aquí, recopilándome lo posible, las observaciones que debo hacer al citado párrafo.

Primera. Puede el señor Martinez haberse pronunciado en contra del romanticismo, pero niego que todos los españoles hayan hecho otro tanto, como lo supone el señor Sarmiento, y para no atestiguar con muertos, diré que yo, español de los mas españoles, como que nací en Castilla la Vieja, he mirado siempre con alguna predileccion la escuela romántica.

2.ª Seguramente, los antiguos poetas españoles, esos genios inmortales que rivalizaron con los autores griegos en la feliz empresa de crear un teatro nacional, no se ajustaron en las reglas del arte á los preceptos de la escuela griega; pero no por eso puede decirse que el romanticismo moderno es la resurreccion de Calderon y Lope de Vega; y extraño yo mucho que un filósofo tan profundo como el señor Sarmiento examine las relaciones de las escuelas literarias de un modo tan superficial.

3.ª Paso por alto la idea de si el señor Martinez de la Rosa ha figurado en la historia de la inteligencia humana y si ha trabajado para merecerlo; pero eso de que no tomó parte en dicha historia ántes de Calderon y Lope de Vega, es una verdad de

llo, á no ser que el señor Sarmiento encuentre, allá en los vericuetos de su inteligencia, medios de probar que Calderon y Martinez de la Rosa son contemporáneos, lo que no me sorprenderia mucho, porque cosas tan extrañas como esta se ven en cada página de las obras del señor Sarmiento.

4.ª Que el párrafo citado tiene tal baturrillo, tal incoherencia de ideas, que se diria que lo ha producido un loco de Zaragoza, si no supieramos que lo ha escrito el señor Sarmiento, persona dotada de un juicio tan maduro, que parece haber venido al mundo en un juicio de conciliacion.

5.ª Que, no solo en dicho párrafo, sino en toda la obra, manifiesta el autor desconocer la lengua en que escribe, lo que demuestra que cuando los hombres se obstinan en adquirir conocimientos universales, pierden en solidez lo que ganan en extension.

6.ª y última; Que si los modernos escritores españoles no pueden ser clásicos porque no han estudiado el griego, ménos clásico será el señor Sarmiento que ni siquiera sabe el castellano.

Pero aquí es donde empieza el juicio crítico del señor Sarmiento sobre la literatura francesa. Atiendan ustedes, que es un Sarmiento el que toma la palabra :

«La literatura francesa se ha enriquecido y completado con aquellas audaces excursiones hechas en la edad media, estudiando sus costumbres, sus monumentos, sus creencias y sus ideas. Nacion moderna alguna habia penetrado mas hondamente en el espíritu de la Grecia y de Roma. A Esquiles, Sófocles y Eurípides se siguen inmediatamente Corneille, Racine, Voltaire; á Esopo y Fedro, Lafontaine; á Tarencio, Molière; á Horacio y Quintiliano, Boileau y La-Harpe; á la república romana, la república francesa de 1793, que plagiaba hasta los nombres, llamándose Aristóteles, Brutus, Gracos, los Saint-Just, los Collos d'Her-

bois y los Dantones. Los Moratines no figuran en aquel plagiado, sino como el trapero figura en la fabricacion del papel, recogiendo la materia que otros han producido. Siguiendo esta ancha huella, la Francia habia además desarrollado en el siglo XVIII, la lógica del espíritu humano, deprimiendo todas las otras cualidades. Rousseau, Montesquieu, Diderot, aquellos grandes retóricos enseñaron á creer que no habia otro Dios sino Dios, y la Razon, la Lógica que era su Profeta; y el mundo entero puso mano á la construccion de la torre de Babel que debia salvar al género humano de la arbitrariedad en gobierno, de la supersticion en religíon. La obra se levantó en efecto, hasta 1793, en que sobreviniendo la confusion de lenguas, la guillotina funcionó en nombre de la humanidad, en nombre de la libertad el terror, y la diosa Razon desnichó á la Vírgen María. Napoleon vino, el enemigo de los ideólogos, y por el rastro de sus victorias la barbarie y el despotismo de la Rusia penetró en Paris, deponiendo como sedimento de su irupcion á los Borbones, con sus nobles famélicos, sus jesuitas y su derecho divino, y todos los absurdos que la inteligencia habia pretendido extirpar.

»Entónces comienza un movimiento en la literatura y en la filosofía francesa que dura aun. ¡No era pues, la lógica, tan seguro guia para la humanidad como lo habia prometido el siglo XVIII! Habia que reconstruir desde la base el edificio social, y los escritores empezaron á examinar las piedras del antiguo edificio feudal, que habia esparramado la revolucion. Châteaubriand se encargó de restaurar el cristianismo, Lamartine de encender el apagado sentimiento religioso, Víctor Hugo de levantar las catedrales góticas y mostrar su importancia artística. Michelet y Tierry reconstruyen la historia para dar otro significado á la feudalidad, á Gregorio VII, á los conventos, á la

cion, atenuados, perdonados, disculpados, defendidos. A los desencantados que buscaban la verdad de buena fe se siguieron los pensadores pagados, de *par le roy*. La monarquía feudal no podia vivir sin la rehabilitacion de todas las creencias y hechos que la habian engendrado. El rey *legítimo* por los cosacos debia ser santificado por su origen divino, y puesto fuera del alcance del látigo de las revoluciones. Todo marchaba á las mil maravillas, hasta el momento en que por sustituir la espúrea libertad de imprenta, por la paternal censura de la Sorbona, vióse bambolear el edificio, y en tres dias desplomarse. A los Borbones legítimos por derecho divino, sucedió Luis Felipe el ciudadano rey, el rey ciudadano, la *mejor de las Repúblicas* del cándido Lafayette. ¡Si la República fuese posible! Pero la República es la guillotina, el terror, 93 y un monarca constitucional vale tanto como una República; una carta *verdad*, lo allana todo. La obra *oficial* de reconstruir lo pasado continúa entónces con nuevo afan. La filosofía se vuelve ecléctica como el gobierno, escéptica de otro modo que en el siglo XVIII. Entónces no creia sino en lo que era lógico, demostrable; ahora no cree en la razon; todo hasta el absurdo puede ser bueno, segun la época y el lugar. No hay principios, no hay leyes que guien los destinos de las naciones. Los pueblos que gimen bajo el despotismo están bien, los que han logrado asegurarse algunas libertades están mucho mejor. Luis Felipe entre tanto, sostiene para su coleto que la obra de los Borbones no era mala en sí, sino que no supieron hacerla: el sacarle la espina al leon, requiere mas maña que fuerza; y hé aquí á la Francia en plena *restauracion*. Porque nadie se ha engañado sobre el alcance de esta palabra. Se restaura el mundo destruido: restaurador se llama D. Juan Manuel Rosas, restauradores son todos los astutos que ocultan su obra, etc.»

Nuevas observaciones al señor Sarmiento :

Primera. En nuestro idioma no se dice : « Nacion alguna habia penetrado » locucion medio francesa, medio española, sin ser española ni francesa; se dice : « Ninguna nacion habia penetrado » ó « No habia penetrado nacion alguna. » Pero prescindo del lenguaje y convengo además con el señor Sarmiento en que Corneille, Racine y Voltaire imitaron á Eurípides, Sófocles y Esquilo, que no se llama Esquiles; concedo tambien que Lafontaine remedó á Esopo y á Fedro, Molière á Terencio, Boileau y La Harpe á Horacio y á Quintiliano; y digo mas : supongo que algunas de estas copias igualaron ó excedieron en mérito á los originales. ¿Qué consecuencias quiere de todo esto deducir el señor Sarmiento en favor de la literatura francesa y en detrimento de la española? ¿Ignora el señor Sarmiento que un buen original vale siempre mas que una buena copia? Es imposible que un sabio ignore una cosa que todo el mundo sabe; pero el señor Sarmiento es tan desgraciado algunas veces que, si no dice lo contrario de lo que siente, demuestra lo contrario de lo que quiere probar.

En efecto los nombres de los franceses citados por el señor Sarmiento son respetables; pero es una lástima que tantas inteligencias de primer órden como produjo el reinado de Luis XIV, naciesen condenadas á la imitacion, sin poder nunca constituir una literatura propia, característica, nacional, como lo consiguieron en España Lope de Vega, Calderon, Tirso de Molina, Cervantes, Quevedo, y otros muchos escritores de aquel tiempo, muy superiores á los franceses en cuanto á otras elevadas dotes pues que añadieron la de la creacion. ¿Me detendré á probar esta verdad? Me parece que no es necesario en lo relativo á los franceses, puesto que el mismo señor Sarmiento apasionado amigo, confiesa que copiaron

lento, pero que copiaron; y respecto de mis compatriotas, tampoco juzgo preciso demostrar lo que el mismo señor Sarmiento es incapaz de poner en duda. Es una opinion sostenida por todos los hombres de ciencia y de criterio la de que la Europa solo cuenta dos teatros originales, que son el griego y el español, sin que esto quiera decir que otras naciones no pueden envanecerse de haber producido hombres eminentes en la literatura dramática. Efectivamente los franceses han tenido la gloria de legar á la historia del arte los preciosos nombres de Corneille y de Molière; pero puede decirse que hasta el presente siglo no han tenido un teatro francés, como los ingleses no han tenido un teatro inglés á pesar del gran Shakspeare, ni los alemanes un teatro aleman, aunque puedan honrarse con las obras de Schiller y de Goethe. Esta honra, este justo orgullo de formar una literatura dramática nacional, solo ha pertenecido hasta hoy á los españoles despues de los griegos; y adviértase que no solo podemos jactarnos de haber producido un teatro donde se han inspirado los mas célebres autores extranjeros, sino de contar en otros géneros hombres eminentes que, á la circunstancia de haber dado al mundo excelentes obras, añaden la ventaja siempre de la originalidad, primera condicion del genio en la poesía y bellas artes.

2.ª No me parece lógico eso de que á la república romana siguió la república francesa, y me fundo para negarlo en que han pasado muchos siglos desde la una á la otra; en que si se atiende al órden cronológico son muchas las repúblicas que han mediado entre las dos citadas; en que ni por la duracion, ni por el carácter, ni por la menor analogía en los acontecimientos, ni por los resultados, merece la república de Francia compararse á la de Roma; y en cuanto á la parodia de los nombres, solo diré que hasta

que el señor Sarmiento se ha tomado la tarea de ilustrarnos, yo hubiera jurado que Arístides era tan romano como yo chino.

En efecto, ya se trate de aquel famoso ateniense condenado al ostracismo por el temor que sus virtudes inspiraban á los amigos de la república, ya de otro ateniense llamado Kan Arístides, filósofo célebre por sus obras y por su conversion al cristianismo, unos ciento veinte años ántes de nuestra era, ya de Aelio Arístides, orador griego tambien, tan griego que nació en la Bitinia; ya, en fin, de Quintiliano Arístides, conocido como escritor; lo cierto es que el nombre de Arístides ha figurado solamente hasta el dia en la historia de Grecia, y no en la de Roma : pero puesto que el señor Sarmiento afirma lo contrario, no tengo inconveniente en creer que miente la historia, que todos los sabios son unos badulaques, y que al primero que de hoy mas tenga el nombre de Arístides por griego se lo debe condenar, no á presidio perpetuo, ni á la guillotina, penas leves para crímen tan espantoso, sino al horrible suplicio de leer las obras del señor Sarmiento.

3ª Que los Moratines no figuraron en aquel plagio (y entre paréntesis debo hacer la observacion de que se dice plagio y no *plajiado*) por las sencillas razones de que el uno, D. Nicolás, habia muerto algunos años ántes de la revolucion francesa, y el otro, aunque no muy buen español, era como su padre hijo de España, de ese país que no plagió entónces, porque nunca ha querido plagiar á Grecia ni á Roma, ni á ninguna otra nacion antigua ó moderna.

4ª No continúo la tarea de comentar las líneas que he citado desde la página 170 hasta la 173 del tomo 1º de los viajes, porque seria el cuento de nunca acabar, y por otra parte el lector al ver la incoherencia y extravagancia del contenido, sabrá juzgar debidamente á

un autor capaz de producir, á pesar de su ciencia, semejante baturrillo de ideas y de palabras. Basta decir que el juicio político-literario-filósofico hecho por el señor Sarmiento peca, no solo de inexacto, sino de tenebroso, y prueba bien que el autor debe tomar todas las precauciones para no entrar, ni en broma, en una casa de orates, porque corre peligro de que no le dejen salir; aunque por otra parte no me atrevo á dar consejos á nadie, pues como dice el refran, mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la agena. Lo cierto es que si el señor Sarmiento no está loco, tiene muchas ganas de parecerlo.

Verdad es que para juzgar de las cosas con algun aplomo es necesario tener principios fijos, y yo creo, por lo visto, que el señor Sarmiento dedicando todo su tiempo á consultar las opiniones agenas, no ha podido sistematizar las suyas, por cuya razon incurre con frecuencia en las mas tangibles contradicciones. ¿Cuáles son, en efecto las ideas del señor Sarmiento en punto á religion? Las siguientes líneas consagradas en sus viajes á *Jeanne d'Arc* nos sacarán de dudas, si no nos dejan á buenas noches.

« Una cosa hay en Ruan todavía, dice, una tradicion popular, un hecho histórico fabuloso, sin ser falso. ¡Aquí está la plaza en que fué quemada viva por la inquisicion la doncella de Orleans! aquella extraordinaria pastora que se sintió un dia invenciblemente arrastrada á acercarse al rey, que no conocia, pedirle el ejército, mandarlo, derrotar á los ingleses, coronar al rey y retirarse en seguida á pastorear sus vacas. Si la Iglesia la hubiese hecho una santa, yo no buscaria el orígen de aquella sublime fascinacion del espíritu de una mujer, aquella trasu[illegible] hace de una niña un general, absor[illegible]to, el interés y la gloria perdida [illegible] sido un milagro entónces; p[illegible]do á la Doncella

de Orleans, por no reconocerla mártir de obispos y de abades. Quédanos pues el derecho á salvo de mirar este raro hecho con los ojos de la filosofía, y buscar su orígen en los poderes sobrenaturales que el entusiasmo da al alma humana, cuando una profunda idea la labra. Mas bella es así la obra de Dios, que con la cuña de milagros y portentos que mostrarian mayor limitacion de poder.»

En este párrafo se presenta el señor Sarmiento como un hombre á la vez creyente y ateo, resolviendo la dificultad de *ser y dejar de ser*. Por un lado dice, que si la Doncella de Orleans hubiera sido canonizada, no tendria él bastante atrevimiento para sondear el orígen de su metamórfosis, en lo cual lleva su respeto religioso hasta el fanatismo; y por otro lado se mofa de la Iglesia por haber repudiado á la heroína, burlándose, además, de los milagros de los santos y de Dios, que es todo lo mas que puede hacer un ateo declarado. ¿En qué quedamos? Si el señor Sarmiento profesa no ya solo la religion cristiana, sino la cristiana católica, como lo da á entender por el respeto que afecta hácia los santos, debia hablar de los milagros y de cuanto á la Iglesia concierne con la veneracion que ningun creyente se permita quebrantar, ni en broma; y si no tiene creencia alguna, bien podia mirar con los ojos de la filosofía las hazañas de *Jeanne d'Arc*, aunque hubiese sido beatificada por la Iglesia. Esto prueba que el señor Sarmiento carece de recursos naturales y científicos para remontarse á las regiones de la filosofía, ó que su catolicismo no es muy católico. Yo por mí, mas me inclino á creer lo último que lo primero; porque suponer que un hombre como el señor Sarmiento, que ha leido tanto, visto tanto y corrido las tres quintas partes de la tierra, no sea un eminente filósofo, aunque no tenga pizca de filosofía, seria un abuso. No me tomaré yo semejantes libertades, porque sé que

casi todos los grandes hombres tienen la fatalidad de tropezar cuando marchan por una via negada á su especial talento. Podriamos citar en corroboracion de esta verdad muchos nombres de brillantes oradores que no han sabido escribir, y de no ménos notables escritores que jamás lograron pronunciar un mediano discurso; lo cual demuestra que el señor Sarmiento puede tambien ser un grande hombre, aunque diga mil disparates hablando ó escribiendo. Y efectivamente, los dice.

Hay otra razon para que yo me guarde bien de tratar con poco respeto al autor de las obras que voy comentando, y es que casi no me atrevo á contradecirle por el temor que abrigo de no comprenderle; pues, como ya llevo manifestado, el señor Sarmiento, por un esfuerzo propio de su genio, se ha formado un idioma tan extraño, que puede decir de sus obras lo que uno que tenia muy mala letra decia de sus cartas: «Cuando yo acabo de escribir mis cartas, solo Dios y yo las entendemos; pero á las dos horas de haberlas escrito... solo Dios.» Digo, ó mas bien, repito esta idea, á propósito de estas palabras cuyo sentido no todos pueden comprender: «Pero la Iglesia ha repudiado á la Doncella de Orleans por no reconocerla mártir de obispos y de abades.» Para los que conocen la historia y saben que el terrible suplicio de la heroina fué sancionado por un obispo, las palabras del señor Sarmiento son inteligibles; para los que no han leido ó no recuerdan esta circunstancia, el párrafo peca no solo de oscuro, sino de anfibológico, pues realmente no se sabe á punto fijo si debe entenderse que la Iglesia ha repudiado á la Doncella de Orleans porque no fué martir de obispos y de abades, ó porque lo fué y la Iglesia no quiere confesarlo. Sea como quiera, el señor Sarmiento sienta una absoluta que equivale á una rebelion contra la Iglesia, y esto cuadra muy mal

con el respeto que afecta profesar á las cosas sagradas, lo que envuelve una flagrante contradiccion nacida de lo que ántes dije, á saber, que dicho señor no tiene principios fijos. Podria decirse que el señor Sarmiento, en punto á creencias, no tiene sexo.

Concluyamos, que ya es hora, el viaje del Havre á Paris haciendo todavía una pausa en este ligero párrafo del señor Sarmiento.

«Esta, dice, es la patria de Corneille y de Boeldieu, de nuestro querido Armand Carrel, el Mirabeau del diarismo que murió cuando habia encontrado que la república era todavía posible.»

Figúrense mis lectores cuanto tendria yo que escribir si fuese á hacer una crítica minuciosa de las obras del señor Sarmiento, cuando en cuatro líneas que acabo de copiar, encuentro tres disparates, pero disparates fuertes, porque los disparates de los grandes hombres nunca son flojos.

Es un disparate decir que Boeldieu nació en Ruan, porque quien nació en dicha ciudad no es Boeldieu sino Boïeldieu, y no es de todo punto indiferente la supresion de la ï, porque esto es, como si yo dijese que el autor de la obra que voy criticando es el señor Sarmento, lo que seria impropio y no daria plato de gusto al señor Sarmiento. Esta falta podria pasar en otro por una errata de imprenta; pero no en el autor que nos ocupa, el cual tiene la desgracia de traducir mal los nombres y escribir pésimamente los apellidos. No insistiré mas sobre este particular, pues á un hombre que traduce Ibrahim-Pachá por Ibrahim-Bajá y Paulo por Pablo, bien se le puede disimular que escriba Boeldieu por Boïeldieu, Laverrier por Leverrier, Moliére por Molière, La-Menais por Lamennais y otras cosas por el estilo, que no son indiferentes en ningun idioma, y mucho ménos en el francés en el cual re-

sulta con frecuencia un equívoco, solo con la modificacion de una letra ó de un acento.

Es otro disparate decir que Armand Carrel era el Mirabeau del *diarismo* en lugar de, Mirabeau del *periodismo*; porque *diarismo* es un *galicismo*, y perdonen ustedes tanto consonante en *ismo*. Sin embargo; mucho me sorprende que el señor Sarmiento no haya dicho *journalismo* por periodismo, como dice *romancistas* por *novelistas*, *baño* por *presidio*, *jugar á la alta* por *jugar al alza*, *bonohomia*, por *bondad*, y otras muchas cosas cuya enumeracion seria prolija y fastidiosa.

El tercer disparate consiste en decir que Armand Carrel murió cuando habia encontrado que la república era todavía posible. ¡Cómo! ¿Un hombre tan célebre, un Armand Carrel, no habia podido hacer otro descubrimiento? Pues á eso digo yo que no se romperia mucho la mollera el buen señor. ¡Vaya! ver la forma republicana no solo en casi toda la América, sino en algunos puntos de Europa, y descubrir que la república es todavía posible, me parece una cosa equivalente á observar que el Océano tiene flujo y reflujo, viviendo en Santander, ó á convenir en que no todos los libros son dignos de ver la luz pública, despues de haber leido las obras del señor Sarmiento. Si al ménos el ilustre y malogrado Carrel hubiese descubierto que la república era posible en Francia, ya era otra cosa: esto siquiera nos haria ver en el difunto periodista un gran poeta, ya que no un político profundo; pues puede asegurarse, y prescindo aquí de la cuestion de conveniencia, que, atendiendo al conjunto de circunstancias que forman la base de todo edificio político, la república es, por ahora, mas posible en Rusia que en Francia.

Se me dirá que la república es posible en Francia, puesto que ya se ha ensayado dos veces en sesenta años;

pero á eso respondo yo, que la Francia parece haberse complacido en probar la república con el fin deliberado de rechazarla, y ¿porqué la ha rechazado? Los hombres pensadores asombrados de ver la facilidad con que el pueblo francés pasa, no por los matices de una idea, sino brincando de un principio al diametralmente opuesto, han intentado investigar la causa de esas mutaciones tan repetidas como violentas, sin que uno solo, en mi concepto, haya encontrado hasta ahora la razon de este fenómeno. Dicen que los revolucionarios del pasado siglo hicieron abominable la idea democrática por los arroyos de sangre con que la mancharon; pero si la república de 1793 cayó por el abuso de la guillotina, ¿porqué sucumbió la inaugurada en 1848, que empezó aboliendo la pena de muerte? Critícase á los republicanos de 1848, diciendo que no han tenido energía revolucionaria, y atribuyendo á esta causa la caida de la república proclamada en febrero. ¡Bravísimo! La república no puede sostenerse en Francia cuando es terrorista, ni cuando es tolerante; sucumbe cuando extermina á sus enemigos, porque ofende á la humanidad, y perece cuando es benigna, porque dá valor, para conspirar, á sus adversarios. *¿Quid fasciendum?* Si la dificultad de establecer en Francia un gobierno democrático dependiese solo de las preocupaciones, yo diria que esta nacion necesitaba todavía un siglo de progreso intelectual para conquistar su soberanía y consolidarla; pero el tiempo no basta para engendrar en un pueblo el amor á la libertad que pugna con el temperamento de sus individuos, ni para destruir esa volubilidad de carácter cuya causa principal está tal vez en el clima. No, la república no es posible en Francia, porque lucha, no solo contra los intereses creados, susceptibles de reforma, ó contra las preocupaciones que puede desterrar la civilizacion, ó contra las costumbres que puede

modificar el tiempo, sino contra los instintos, contra la misma naturaleza.

Nadie me negará que la república es, ó por lo ménos debe ser, compañera inseparable de la igualdad y de la libertad. Si yo logro demostrar que los franceses, á pesar de ciertas apariencias, son naturalmente enemigos de la libertad y de la igualdad, desde luego quedará demostrado que la república es imposible en Francia.

¿Y por ventura, para los que como el señor Sarmiento han visitado este país no es una verdad evidente mi proposicion? Que los franceses no aman la igualdad, se conoce en el apego que manifiestan á los títulos, á las condecoraciones, á los uniformes, á todo lo que establece alguna diferencia entre los hombres. En otras naciones, cuando una persona se recomienda por una condecoracion, por un título, en una palabra, por una distincion aristocrática, se espera todavía á observar su conducta para juzgarla, y nadie logra inspirar confianza sino en virtud de sus obras. ¿Qué sucede en Francia? El que quiera aquí que la gente le deje libre la acera y que los coches se detengan á su paso para no atropellarle, no tiene mas que llevar una cinta de cualquier color en el ojal de la levita; el que quiera que todo el mundo le fie, que todo el mundo le franquee su casa, no tiene mas que engalanar su tarjeta con una corona de conde. Por eso los que se proponen vivir en Paris de la estafa, empiezan ante todo fingiéndose marqueses, condes ó caballeros condecorados, y casi todos consiguen su objeto, al paso que el que no quiere ó no puede recomendarse aquí por estas vanas exterioridades, es mirado con la mayor indiferencia y nadie le da un vaso de agua sin pedirle el dinero adelantado, aunque sea el hombre mas digno de consideracion por sus virtudes, por sus antecedentes ó por otras circunstancias. ¿Qué diré de los

uniformes? ¡Buena memoria debe tener el que recuerde los uniformes que ha visto en Paris en un solo dia! Estos son numerosos en el ejército, nada mas que numerosos, pero fuera del ejército son algo mas que numerosos, son innumerables. Los unos pertenecen á una empresa de ómnibus, los otros á una empresa de ferro-carril, los otros al Banco, á la Bolsa, al ramo de correos, á la corporacion municipal, á la casa imperial, á los tribunales, á los teatros, á las empresas del gas... ¿qué sé yó? Y es de advertir que esta carga del uniforme tan antipática, tan odiosa en otros países hasta para los que tienen obligacion de llevarla encima, no es carga para los franceses que ven en ella lo que mas puede lisonjear su vanidad, que hacen de ella ostentacion como las mujeres de un traje de terciopelo ó de un rico aderezo de diamantes. ¡Oh! al ver esto no se puede ménos de convenir en que la igualdad es incompatible con el carácter de los franceses.

Pero si la igualdad es incompatible con el carácter de los franceses, la libertad es mas que incompatible, es mirada por ellos casi con horror; y no hablo aquí solo de la libertad política que cuenta entre sus mas formidables enemigos á los mas furibundos republicanos, tales como Luis Blanc, Cabet y en general los socialistas, sino hasta de la libertad civil, hasta de la libertad individual. Basta aquí salir de casa para notar el prurito de la prohibicion. Donde quiera que uno tiende la vista encuentra algun letrero que empieza con este ataque á la libertad: *il est defendu*, etc. Todo está prohibido, no solo por el gobierno, sino por los particulares que inventan las trabas, no tanto por necesidad como por vanagloria. Si van ustedes á una imprenta, lo primero que se hallan á la puerta es un cartel impreso que dice: «*Les étrangers n'entrent pas ici*,» si van á un *café concert*, verán un cartel á la puerta que

conduce al escenario con estas ociosas y abominables palabras : *Le public n'entre pas ici*, y en las paredes del mismo local multitud de carteles en que se advierte que nadie tiene el derecho de permanecer allí, *sans renouveller la consommation*, de hora en hora, ó tambien para decir que *il est defendu de biser*.

Escusado es decir que en la mayor parte de los cafés está prohibido fumar ¿Por qué razon? Nadie lo sabe. Lo cierto es que los franceses tienen hasta pasion al cigarro, y que las señoras francesas fuman tambien; pero á pesar de esto, líbrense ustedes de encender un cigarro en un café, donde se puede apostar doble contra sencillo á que todos los concurrentes están rabiando por fumar, pues todos se quejarán amargamente, y no porque les haga daño el humo, ni porque ellos no quisieran tener el cigarro en la boca, sino porque en los franceses la satisfaccion de un placer ó de una necesidad importa ménos que el amor á las restricciones. Mas digo, la prohibicion aquí es el primero de los placeres, la mas imperiosa de las necesidades. ¿Cómo se concibe, dirán mis lectores, que los hombres aborrezcan la libertad en ningun punto de la tierra? Esto no se concibe sino cuando se ve, como no concebiriamos que los peces puedan vivir dentro del agua sino lo vieramos; pero la verdad es que los franceses con pocas excepciones presentan este raro fenómeno: el aire puro de la libertad es para ellos lo que el aire atmosférico para los peces, lo que el gas mefítico de la tiranía para el resto de los hombres; tiene mal olor, mal sabor y no pueden respirarlo mucho tiempo sin peligro de muerte. La aversion con que los animales rabiosos miran al agua, puede solo compararse á la que tienen los franceses á la libertad. Así se observa que en este país donde las revoluciones han producido algunas mejoras morales y materiales, desarrollado el amor al arte y elevando el vuelo de la inteligencia á la altura de su

preponderancia política, la libertad ha avanzado muy poco si no ha retrocedido, cosa que no me sorprende por aquello de que el todo es igual al conjunto de las partes; quiero decir, que mal puede el cuerpo colectivo acoger lo que repugna á cada uno de los elementos que lo constituyen. ¿Acaso la libertad ha entrado alguna vez aquí en los cálculos revolucionarios? ¿No han sido los republicanos los primeros á inventar esas trabas, esos medios de represion con que los gobiernos, invocando los vínculos sociales, se abrogan el derecho de uncir á los ciudadanos al yugo de sus caprichos? Los pasaportes, esos llamados instrumentos de seguridad pública, creados mas bien para destruir la seguridad individual; esos esbirros de papel, dignos agentes de una nueva inquisicion, fueron inventados por los terroristas de 1793, para impedir la evasion de los nobles, prohijados despues, para perseguir á los criminales, y aceptados ya por todos los gobiernos europeos para aumentar el presupuesto, aunque sea entorpeciendo los negocios y ultrajando la dignidad de los hombres inofensivos. Hundióse como era natural aquella tiranía, decorada con el nombre de república, pero no desaparecieron los pasaportes; porque en los diferentes cambios de forma, ó si se quiere de nombre, que ha experimentado el gobierno en Francia, las invenciones que sofocan el espíritu de libertad han sido miradas por todas las clases como medidas de higiene, es decir, no solamente como elementos precisos de la vida social, sino como condiciones indispensables de la vida humana.

Ahora bien, diga lo que quiera el señor Sarmiento, en un pueblo donde se observa tan perseverante repugnancia hácia la libertad y la igualdad, base la una y complemento la otra de todas las convenciones democráticas, no hay término medio entre el derecho divino y la anarquía; es preciso que la autoridad

ó que los lazos sociales se rompan; y como los intereses creados, mas que la civilizacion misma, rechazan el estado salvaje, tratar de abolir en Francia la monarquía, es como querer destruir la fuerza de atraccion que gobierna al mundo físico.

Verdad es que el carácter voluble de los franceses hace que aquí todo sea posible, en la acepcion vulgar de la palabra; pero en el diccionario de la política no se llama posible sino á lo que es estable; de modo que yo no pongo en duda la posibilidad de que los franceses proclamen la república dos ó tres veces en cada siglo, como ya la han proclamado dos, y casi tres veces en el período de sesenta años: lo que niego es que esta planta exótica pueda aclimatarse en el suelo de la Francia.

Además, debemos advertir, que si el señor Sarmiento se contenta fácilmente con la apariencia ó nombre de las cosas, la filosofía exige una perfecta consonancia entre la forma y el fondo de toda teoría elevada á la práctica; y digo esto porque creo sinceramente que la Francia ha entrado siempre en la república sin salir de la monarquía. Danton, Marat, Robespierre, todos estos fueron reyes absolutos, cada cual en su breve época de fortuna. Todos ellos, apoyados por los clubs, por las masas ó por la Convencion, ejercieron un poder monárquico ménos franco que el de Napoleon, pero mas intolerante que el de los Borbones; y digo que fueron reyes, aunque no adoptaron este título, porque su omnipotencia política estaba fundada en una especie de idolatría personal, pues los instrumentos de su devocion llegaron á mirar con tanto desden ú olvido las doctrinas en virtud de las cuales conmovieron al mundo, que ya no consultaban lo que era justo ni lo que era adecuado á una forma de gobierno basada en la soberanía nacional; desde luego se recibia bien y se prestaba una ciega obediencia á todo lo que ema-

naba de ciertas personas sagradas, inviolables, infalibles, adornadas, en fin, de todos los atributos que disfrutan los reyes entre sus mas acérrimos amigos y cortesanos.

Así Robespierre como todos aquellos que ántes ó despues ejercieron la dictadura, revistiéndola bajo diferentes formas, se engañaron á sí mismos; creíanse providencialmente destinados á consolidar una república y no representaron mas que unas cuantas efímeras y vergonzantes dinastías, encargadas de trasladar á los Bonapartes la corona de los Capetos.

En 1830, el general Lafayette, el jefe mas venerable y respetado entónces de la falange republicana, hizo conocer tambien hasta que punto las tradiciones monárquicas germinan en el corazon de los franceses cuando dijo, ciñendo las sienes de Luis Felipe con la corona de Cárlos X: « Hé aquí la mejor de las repúblicas. » Por último, ocurrió la revolucion de 1848, y todo el mundo sabe de que manera Lamartine, sucesor de Luis Felipe, y Cavaignac, sucesor de Lamartine, trabajaron instintivamente, aunque contra su voluntad, para allanar al presidente de la república el camino del imperio.

Pero no atenderémos solamente á la serie de personas que en alas de una popularidad debida al talento, á la cuna ó á otras circunstancias, se han impuesto á las masas con su elocuencia, con su nombre ó con los mismos elementos que habian servido á la idea revolucionaria; prescindamos de esto, y fijemos brevemente la atencion en las doctrinas de gobierno sostenidas en la teoría ó en la práctica por los diferentes partidos que se llaman enemigos de la monarquía; si exceptuamos á un escaso número de publicistas, que nada representan á pesar de sus elevadas dotes literarias, los republicanos franceses han levantado ha-
bes el sistema de centralizacion, sin el ci

[illegible] raros liberales no tienen [illegible] derechos de los gober- [illegible] los gobernantes. Para [illegible] reduciéndose solo de los [illegible] sistema electivo al heredi- [illegible] [illegible], no importa [illegible] pueblo tengan mas [illegible] en todos los [illegible] palabra, no im- [illegible] que poder abu- [illegible] del derecho di-

[illegible] comunion socialista, [illegible] que si llegase á [illegible] dominacion, nos ten- [illegible] sujetos á no po- [illegible] persuadidos sin li- [illegible] son ménos [illegible] del gobierno [illegible] de los ja- [illegible] Chambord. [illegible] que diesen á [illegible] Luis XI, y [illegible] Luis [illegible] muy lé- [illegible]

[illegible] mas para hacer ver que el [illegible] en sus cálculos; [illegible] en que á consecuencia á [illegible] marginal. Si el señor [illegible] la aten- [illegible] vez en las mas in- [illegible] pueblos que ha recor- [illegible] un estudio mas profundo de la [illegible] y del carácter de dichos [illegible], pensaria como yo, que la república es tan

posible en Francia, como la monarquía en los Estados-Unidos. ¿Quién sabe si una conspiracion bien urdida, un golpe dado con maña y secundado por la caprichosa fortuna, bastarian á establecer un poder *real* ó *imperial* en la capital de Washington? Esto se comprende. Lo que no se concibe es que el poder monárquico echase raices entre la raza norte-americana y, como ha dicho con razon un célebre poeta, es preciso no confundir la luz del relámpago con la del dia.

Se me dirá, y es cierto, que la Francia ha dado el impulso á las ideas democráticas esparcidas hoy en toda la Europa; de modo que si un dia otras naciones elegan á la conquista de la libertad, lo deberán á este país, laboratorio de toda clase de teorías. No lo niego; pero los republicanos franceses se parecen á los pobres labradores, que comen pan de centeno miéntras otras personas se regalan con el trigo que ellos cultivan. Es decir que no pueden tener lo que dan, y tal vez lo dan porque no lo pueden tener.

No quiero prolongar mas este capítulo, sintiendo verme en la necesidad de compendiar sobre la cuestion que apénas dejo apuntada, ideas cuya clara exposicion ocuparia mucho tiempo. Concluyo, pues, repitiendo, que los franceses son enemigos de la república por sus costumbres, por su carácter y por sus ideas exageradamente organizadoras: solo así pueden explicarse algunas páginas de su historia política. Además de lo que dejo manifestado para llegar á esta solucion, diré una cosa que, estoy seguro, no podrá refutarse ni por el mismo señor Sarmiento con tanto saber como tiene y tantos países como ha visitado. Yo comprendo muy bien que la Alemania, la Rusia, la España, la misma Inglaterra se asusten á la sola idea de abandonar un camino cuyos tropiezos conocen, para entrar en otro, cuyos atolladeros ig[illegible] [illegible]ando un pueblo ha llegado á realizar [illegible] el

que hizo la Francia en 1848, esto es, conquistando la libertad de imprenta, el sufragio universal y la justicia gratuita, aboliendo las distinciones aristocráticas, el presupuesto de la casa real y la pena de muerte en los delitos políticos, augurando la libertad de comercio, de enseñanza, de asociacion y de defensa; cuando un pueblo, digo, entra en la senda de estas conquistas y renuncia voluntariamente á ellas para volver á la monarquía, decididamente este pueblo es enemigo natural de la república. ¿Qué mas quiere el señor Sarmiento? La república de febrero habia hecho algo mas que iniciar ó augurar todas las reformas de que dejo hecha mencion; habia hecho diputados, á los soldados y ministros á los obreros... Pues bien, los obreros y los soldados son los que mas enérgica y ostensiblemente han cooperado á la destruccion de la república. Todo esto dice mas que las declamaciones de algunos publicistas, condenados á luchar con mas heroismo que probabilidades de triunfo contra la misma naturaleza, ¿para qué?... No necesito hacer aquí mi profesion de fe: si yo tuviera un poder sobrenatural, si mi voz pudiera resonar como la trompeta del juicio final, y el mundo prestase por un momento obediencia á mi palabra, el pendon de la república tremolaria en todas las naciones; es decir, en todas... ménos en Francia.

CAPITULO II.

De cómo el señor de Sarmiento entró en Paris, y no Paris en el señor de Sarmiento.

La prueba de que el señor Sarmiento no ha hecho en sus viajes el estudio que debia, está en las siguientes líneas de su carta dirigida desde Paris á D. Antonio Aberastain. «Se toma Vd., dice, extrañas libertades al escribirme; abusa Vd. de sus títulos de mentor de mi primera juventud, aquel buen tiempo en que usted me cubria con su mole y su prestigio de supremo juez de alzada, contra mis compatriotas, que no habrian consentido, sin su aseveracion reiterada de Vd., en creerme dotado de sentido comun. Pero aquel auxilio tan constante, aquella decision invariable en mi favor para sostenerme en mis primeros pasos literarios, no le autorizan á Vd. á decirme que mi carta sobre la isla de Mas-á-fuera *no vale gran cosa, y que en adelante escriba sobre cosas útiles, prácticas*, etc.»

¿Qué tal? Me parece que el señor Aberastain á quien no tengo la honra de conocer, pero cuya benevolencia confiesa el mismo señor Sarmiento, es de aquellos facultativos que saben poner el dedo en la llaga. El cariño que debe tener á su protegido no le impide ver que este ha dedicado á cosas fútiles el tiempo que podia haber empleado en estudios provechosos, y por lo visto, dicho señor añade á la circunstancia de ver claro, la de no morderse los labios para decir la verdad al lucero del alba, si lucero del alba se puede llamar al señor Sarmiento. Hace bien el señor Aberastain; pero

no solamente hace bien, sino que está cargado de razon. ¿Qué se diria de un predicador que subiese al púlpito para explicar los misterios de la religion y recitase de memoria los *viajes del señor Sarmiento?* Se diria que el tal predicador burlaba la buena fe del auditorio, diciendo cosas profanas. Pues el mismo cargo debe hacerse al escritor que emprende la publicacion de sus viajes y dedica á narrar cosas triviales el tiempo que podia invertir en importantes observaciones sobre las costumbres, lejislacion, comercio, etc., de otras naciones; porque el publicista cuando da una obra á la prensa, es tambien un sacerdote que está en calidad de tal obligado á iniciar á los seres sociales en los misterios de la sociedad. Así lo entiende el señor Aberastain y así lo entenderán todos los hombres de buen sentido á quienes

Por amor al insigne
Señor Sarmiento,
Pasion no haya quitado
Conocimiento.

Pero ¿qué hizo el señor Sarmiento despues de la saludable advertencia del señor Aberastain? ¿se enmendó? ya se va enmendando... Escribió una carta á dicho señor Aberastain desde Paris, diciendo que habia visto á los personajes ideales de las célebres novelas de Eugenio Sue, explicando la diferencia que hay entre los verbos *flâner* y *flairer*, y ensartando ideas que no me parecen muy exactas.

«Aquel francés terror de la Europa en los campos de batalla, dice el señor de Sarmiento, aquel fautor y actor de las grandes revoluciones sociales que echa á rodar tronos cada diez años, es el hombre mas blando, mas atento, mas comedido. El pueblo de blusa, como si dijeramos de poncho, el leon y el diputado son igua-

les en sus expresiones de comedimiento. *Ayez la complaisance... soyez assez bon pour...* cien frases mas comienzan ó concluyen una pregunta dirigida á otro. *S'il vous plaît*, está por todas partes escrito para indicar la cuerda de una campanilla, el resorte que ha de tirarse. *Je vous demande bien pardon*, es el reproche que le hace á Vd. aquel á quien por inadvertencia ha pisado un pié, codeado fuertemente, ó perturbado en su ocupacion. El pueblo de Paris tiene la religion de la *adresse*. Si el extranjero pide la direccion de una calle, una casa que busca, un *forçat*, un bandido que en otra circunstancia lo despojaria, eu esta se cree en conciencia obligado á decir lo que el pasante necesita, á interrumpir su camino. Por la incertidumbre de las miradas reconoce alguno al extranjero, y se le acerca y le ofrece darle las señas que busca. Me ha sucedido ser así adivinado; echarme en la direccion indicada, perderme de nuevo, encontrar á mi hombre que me ha seguido y dádome de nuevo las señas; perderme tercera vez, y mi ángel tutelar volver tercera vez á encaminarme. Y esto le ha pasado cien veces á todo extranjero, y es fama y opinion comun que solo en Francia y sobre todo en Paris, se encuentra esta benevolencia pública, esta bondad fraternal. Solo en Paris tambien, el extranjero es el dueño, el tirano de la ciudad. Museos, galerías, palacios, monumentos, todo está abierto para él, ménos para el parisiense á toda hora y en todos los dias. Mostrar su pasaporte á la puerta, es mostrar un firman ante el cual se quita el sombrero el conserje. Diga Vd. el mayor desatino, *poisson* por poison, *veau* por beau, y ningun músculo de la fisonomía de la cara de un francés se agitará, porque el extranjero no está obligado á hablar bien su idioma; y no ha mucho que uno de mis amigos, molestado en un lugar siniestro por una turba de ebrios en andrajos, ¡cómo! les dijo apurado, ¿esto se hace con un extranjero en

Paris? ¡ Infames! Los beodos al oir la palabra *extranjero* empezaron á deshacerse en escusas y protestas, le acompañaron en silencio hasta mejores parajes, y se despidieron confundidos y humillados. Yo sabia, me decia, que esta era mi única tabla de salvacion; haga Vd. lo que quiera en Paris y diga que es extranjero. Y en efecto, de palco en palco y hablando perversamente el francés logré no ha mucho en una gran revista que se daba á Ibrahim Pachá en el campo de Marte, acercarme hasta el que ocupaba la familia real. *Mais où allez-vous, Monsieur?* me decian los guardias; yo respondia en castellano puro con calor, con energía, y el pobre municipal me dejaba pasar sospechando que algo de muy racional debia decir, puesto que él no entendia jota. Hé aquí la piedra de toque de la cultura intelectual de la nacion, aunque no sea la de la instruccion del individuo.»

Algo hay de cierto en el párrafo que acabo de copiar: los parisienses, y en general, todos los franceses, se distinguen realmente por cierto barniz de urbanidad que seduce y que yo aplaudo, sintiendo solo que esta urbanidad se acerque tanto al ridículo, inherente á toda exageracion. Efectivamente, ciento y mil frases empiezan aquí por *Ayez la complaisance, soyez assez bon pour...* y ninguna persona hace un encargo á otra sin añadir: *S'il vous plait.* Hay mas; la buena educacion manda aquí dar las gracias á todo el que habla, ya sea para hacer un favor, ya para recibirlo; de modo que se arma un tiroteo de cumplidos, capaz de rendir al extranjero poco acostumbrado á este género de combates. Sale uno de casa por ejemplo y da al portero la comision de tener cuidado de ella, guardar la llave, entregar tal ó cual cosa á tal ó cual sugeto que ha de venir á buscarla, y como si el portero recibiese en ello un obsequio se deshace en cortesías apurando el vocabulario de los cumplimientos: *Merci, monsieur, merci bien, mil re-*

mercimients. Naturalmente uno ha de contestar con un: *Je vous remercie* ó cosa equivalente, ya por el favor que recibe, ya para pagar los cumplidos que se le hacen, y entónces el portero puede decirse que se sale de quicio; inclina la cabeza, se descubre y suelta un borboton de frases tales como: *obligé ; très obligé; vous êtes bien bon, je vous suis bien redevable.*

Todo esto es verdad ; pero falta saber si la política llevada tan al extremo es agradable ó empalagosa. Yo creo que no cuadra muy bien al carácter español, y por consecuencia, al americano procedente de la raza española, porque nosotros que sin duda somos los primeros hombres del mundo para sacrificarnos en obsequio del prógimo, hacemos el bien sin tanta ceremonia, sin esas apariencias que rara vez nacen de la sinceridad. Por otra parte esa recargada etiqueta de los franceses quiere tambien su correspondencia; de modo que el extranjero que la ignora está expuesto á que nadie le sirva, sufriendo alguna vez los chascos mas incómodos por el olvido de una vana fórmula. Me acuerdo, á propósito de esto, de un español que vivió una temporada en Paris, y retirándose bastante tarde una noche tuvo la desgracia de esperar á la puerta de su casa mas de dos horas por ignorar lo que no todos están obligados á saber. Tiraba el buen hombre del cordon de la campanilla; contestaba el portero diciendo: *¿Qui va là?* y replicaba mi paisano sencillamente: *ouvrez la porte,* sin saber que debia añadir: *S'il vous plaît.* El portero que oia como quien oye llover la órden de abrir la puerta, dejaba caer la cabeza en la almohada y se ponia á roncar muy tranquilo, hasta que vino por fortuna otra persona de la casa que habia estado de gran *soirée,* llamó, satisfizo á la exigencia del portero diciendo: *ouvrez, s'il vous plaît*, y de este modo dejó el paso libre al pobre español que ya habia

consentido en dormir al sereno, ó por mejor decir, en dormir al diluvio, porque el clima de la Francia tiene la serenidad de estar cargado de agua las cuatro quintas partes del tiempo. Como era natural, mi compatriota se incomodó mucho con el portero el cual se disculpó diciendo que en Francia era preciso decir á todo y á todos *S'il vous plaît*; leccion que el otro no echó en saco roto, pues al dia siguiente cuando el portero le dió los buenos dias, le contestó con la mayor amabilidad del mundo: *Bon jour, s'il vous plaît.*

Un lance análogo ocurrió con otro español, amigo mio, pero este fué mas ingenuo que el anterior. Retiróse tambien tarde una noche, y viendo que el portero tardaba en abrirle, dió en tirar de tal modo del cordon de la campanilla que llevaba trazas de alborotar, no digo yo á toda la casa, sino á todo el barrio. Perdone Vd., caballero, dijo el portero abriendo la puerta para evitar el escándalo, si Vd. quiere que le abra otra noche, es necesario que diga Vd. «*cordon, s'il vous plaît.*» ¡Toma! dijo mi amigo en español, porque no sabia producirse en francés, *y si no plait tambien,* ¿pues para que es Vd. portero sino para abrir y cerrar la puerta? Y acompañó estas palabras con una de aquellas interjecciones que infunden algun respeto á los extranjeros.

En cuanto á mí, me es de todo punto indiferente la costumbre que tanto ensalza el señor Sarmiento; pero debo decir para gobierno de los que tengan ánimo de hacer un viaje á Paris, fascinados por la halagüeña pintura que dicho señor hace de la afabilidad francesa, que ántes de ponerse en camino preparen la bolsa, porque los cumplimientos de este pueblo se pagan á peso de oro. En América y en España la etiqueta es mas escasa de palabras, pero muy abundante en las buenas obras. En estos pueblos que no carecen de la suficiente urbanidad para tratar á cada cual segun las conside-

raciones que se merece, hay dos cualidades que todas las naciones envidiarian, aunque no pudieran imitarlas, si fuesen capaces de comprenderlas; estas son la *franqueza* y la *generosidad*. Nadie dice mas que lo que siente, y pocos son los que no están dispuestos á brindar al extranjero cuanto vale y cuanto posee, sin violencia, sin ese bastardo interés que todo lo desvirtúa, que todo lo envilece. Y qué ¿conoce el señor Sarmiento, que tanto ha viajado, muchos pueblos donde la hospitalidad sea tan noble, tan espontánea como entre la raza española? Venga este señor á Paris, y los mismos que le apestan con sus exagerados cumplidos, desearán verle atacado del tífus, no por el placer de emplearse en su alivio como decia el Médico á Palos, sino por el provecho que se prometen de su enfermedad. El facultativo recetará mucho para dar utilidad al boticario; el garçon llevará por la comision de buscar la medicina otro tanto de lo que ella cuesta; la vecina mas cercana traerá una lamparilla que vale un *sou* para sacar un franco, y cuando vean que no tienen esperanza de recompensa, todos abandonarán al enfermo, dejándole espirar sin prestarle el menor auxilio, aunque para devolverle la vida y la salud tuvieran que hacer solamente el miserable sacrificio de un vaso de agua.

Nada es aquí desinteresado, y lo digo sin ánimo de ofender á los franceses de quienes tengo en otros conceptos una idea aventajada. Y no es lo peor el que nada sea desinteresado, sino el que tenga uno precision de vivir siempre en guardia, para no ser víctima á cada instante de la mala fe de los ofrecimientos. ¿Creerán mis lectores que aquí cuestan las cosas la cantidad metálica en que se anuncian? Pues nada de eso; detrás del último precio, detrás de la última palabra, viene siempre el descubrimiento de un error que exige otra palabra y otro precio. Citaré un ejemplo. Si el señor

Sarmiento ha estado en Paris, que lo voy dudando, habrá visto muchos anuncios como este: «*Bains à 50 centimes*; por lo cual no hay extranjero que no caiga al instante en la tentacion de bañarse, porque ¿quién no quiere refrescar la sangre por la insignificante cantidad de medio franco? Pues bien; toma uno la tarjeta, que realmente cuesta cincuenta céntimos, ménos de dos reales de vellon, y en seguida viene el bañero á decirle si quiere jabon de olor ó del ordinario, si la ropa ha de estar fria ó caliente, si necesita una ó dos tohallas, si prefiere el aceite ó la pomada para el pelo, con otras preguntas mas ó ménos ociosas al parecer y á las cuales, el que no conoce el busílis, responde naturalmente: «Me acomoda esto ó aquello.» Pero al salir del baño se encuentra con una lista que dice:

Por la sábana caliente....	1 fr.	»» c.
Por la tohalla, id.....	1	»»
Por el perfume de la ropa.	»	50
Por el jabon.....	»	50
Por la pomada ó aceite...	1	»»
Por el peine.....	»	50
Por la asistencia.....	»	50
	5 frs.	00 c.

De manera, que creyendo uno gastar dos reales, gasta un duro, lo que siempre es sensible, aunque no siente uno tanto el duro que le llevan como la mala fe con que se lo sacan. Debo decir que esto que refiero no le he oido contar á nadie, porque me ha pasado á mí, que he pagado mi noviciado en Paris como todo vicho viviente, y aun puedo dar las gracias de lo barato que me salió el baño pagando un duro en vez de dos reales, pues sé de un amigo que entró á bañarse en la

casa chinesca del Boulevard, y creyendo pagar solo dos francos, segun el anuncio que habia á la puerta, le costó la broma media onza de oro.

Lo repito : yo no me quejo precisamente de la exorbitancia de ciertos precios, porque dueño es cada uno de fijarlos á su gusto, y cuenta es del consumidor el conformarse ó no conformarse con ellos. Lo que irrita, como llevo dicho, es la mala fe que se oculta en los ofrecimientos. Si al preguntarle á uno de que modo quiere la ropa, el jabon y todo lo demás, dijeran que estas cosas se pagan aparte, y lo que cuesta cada una de estas cosas, nadie podria fulminar una acusacion á la conciencia de los especuladores, teniendo en su mano el aceptarlas ó no aceptarlas; pero sobra la razon para quejarse del engaño con que se ocultan aquí las intenciones, avivando el deseo con una charlatanería sempiterna y empleando maliciosamente frases que alejan la sospecha del interés. Esto es lo que me parece indigno, vituperable, mas que indigno y vituperable, pues no sé como calificar la conducta de los que tentados por una avaricia grosera se despojan de todo sentimiento hidalgo hasta el punto de comprometer tal vez á un desgraciado á quien hacen pagar diez veces mas de lo que puede y de lo que se proponia gastar.

Escuso decir que no es solamente en las casas de baños donde debe uno estar prevenido contra la permanente conspiracion que amenaza á su bolsa : para esto puede decirse que casi todas las casas de aquí son casas de baños. Lo mejor que debe hacer el que quiera comprar algo, es acudir á las tiendas de precios fijos, y aun así corre el peligro de que le cambien lo que compra, ó de que los géneros correspondientes al precio marcado sean inferiores á la muestra, ó de que al entregar la pieza ajustada la quiten un adorno postizo, que es el que habia avivado las ganas del comprador; porque, lo repito, aquí nunca se sabe el último precio

de las cosas, puesto que nunca se sabe la última condicion de los tratos.

Todavía referiré otro caso de mi noviciado en Paris. Fuimos una noche cuatro amigos á un teatro y, lo diré francamente, no teniamos ganas de gastar mucho dinero, por lo cual pedimos asientos de segunda galería, que costaban á dos francos cada uno. Tomamos los billetes, y no pudimos hacer uso de ellos, porque no habia un solo asiento de segunda galería que estuviese desocupado; visto lo cual, fuimos á reclamar al despacho de billetes. Allí nos dijeron que podiamos cambiar nuestros billetes por otros, y como era consiguiente, estos nos costaron un franco mas á cada uno. Fuimos á buscar los asientos, y tropezamos con el mismo inconveniente que la vez anterior, por lo cual volvimos á repetir la operacion del cambio, que nos costó dos francos mas por barba, siendo esta vez los billetes de los que llaman de *orquesta*, es decir, los mejores asientos, como que son los mas caros. Pero.... ¿piensan ustedes que habia un solo asiento de orquesta desocupado? Ni uno. En vista de esto, y con mas ganas de salir ya del teatro que de ver la funcion, volvimos al despacho á decir lo que pasaba, pidiendo formalmente que nos devolviesen el dinero. ¡Devolver el dinero! Aunque no se hubiera conocido á cien leguas que eramos extranjeros, lo habriamos dado á entender de sobra con esta cándida proposicion. ¡Buena ocurrencia! La dificultad de dar el habla á un mudo ó la vida á un cadáver, es menor en Paris, gracias á los progresos de la ciencia, que la de devolver una peseta al que ha tenido la debilidad de soltarla. Nada de eso; nos dijeron que nos acomodasemos donde pudiesemos; porque eso de devolver el dinero era absolutamente imposible, y tuvimos que colocarnos en el patio, esto es, en asientos de á un franco, habiendo pagado cinco, sin que nos abonasen la diferencia. Fál-

tame decir que nos hicieron dejar los bastones á la entrada, y que una mujer nos recogió los sombreros, todo para darnos el gusto de pagar cuatro *sous* mas á cada uno, que nunca pueden tener otra interpretacion aquí los buenos oficios y modales tan someramente juzgados por el filósofo Sarmiento.

Por último, referiré un caso que presencié hace pocos dias, y que basta por sí solo para hacer comprender la inmensa distancia moral que separa á los pueblos del norte de Europa, de nuestra península. Despedíanse en la calle dos amigos que tienen la costumbre de jugar todas las noches el café al ajedrez. Antes de pasar adelante, diré al señor Sarmiento, por si lo ignora, que el juego del ajedrez es, de todos los juegos conocidos, el que mas habla al amor propio, el que obliga á un viejo á trasnochar con perjuicio de su salud, y á un amante á faltar á una cita, con riesgo de una repulsa; el que, en una palabra, despierta en el alma de los que á él se dedican, una pasion que degenera en vicio, por mas que no comprendan tan desordenada aficion los que no comprenden las maravillosas combinaciones de dicho juego. Digo esto para que se conciba el gran sacrificio que han de hacer dos jugadores cuando faltan á su partida de costumbre, cosa que ocurre pocas veces, y solo en virtud de causas á que la voluntad humana no puede sobreponerse. Ahora bien, los dos amigos de quienes llevo hecha mencion, se despidieron en mi presencia, entablando este curiosísimo diálogo:

— Esta noche te espero para desquitarme de las partidas que me ganaste anoche al ajedrez.

— Pues amigo, lo siento mucho, porque esta noche no puedo ir al café.

— ¿Cómo que no puedes? ¡No faltaba mas, sino que me abandonases despues de lo mucho que ayer

me quemaste la sangre con tus jaques dobles! ¡ Vaya! los instantes me parecen siglos para vengarme.

— Repito, que lo siento; pero lo que es por esta noche, no me esperes.

— No lo consiento; es necesario que yo tenga pronto mi revancha.

— Ya la tendrás mañana ú otro dia.

— No señor, ha de ser esta noche.

— Esta noche no puedo yo ir al café.

— Pero ¿porqué? dímelo francamente.

— Pues bien, lo diré francamente, no voy... porque no tengo dinero.

El señor Sarmiento comprenderá que esto entre españoles hubiera sido mirado como una ofensa. ¿Quién tendria valor entre nosotros para decir á un amigo que no podia ir al café por no tener dinero? Pues el referido sugeto lo dijo, como cosa muy natural; y no es lo peor que él lo dijese, sino que el otro le contestase con la mayor frescura del mundo:

— ¡Ah! eso es otra cosa. Anda con Dios, y haz por que nos veamos pronto, que tengo deseos de tomar mi revancha.

No acabaria nunca si fuese á contestar las cosas de este género que he podido observar en el breve término de un año; porque esta es la piedra de toque del pueblo francés. Todo puede explicarse aquí por la pasion al dinero: el progreso científico, literario y artístico, las afecciones privadas, el refinamiento del trato social, la agitacion, la calma, todo estriba en el interés como el equilibrio planetario en la fuerza de atraccion. Y es lástima. Si desapareciese este vicio del pueblo cuya historia se ha elevado mas de una vez al rango de la epopeya, yo confieso que amaria tanto como á mis compatriotas á estos hombres cuyo talento reconozco y admiro. Si yo fuese escritor francés, creo que habria consagrado todas mis tareas á extinguir en

este pueblo ese lunar que eclipsa muchas hermosas cualidades, y el hombre de inteligencia que se propusiese tan noble fin, daria mas lauro á la Francia que todas las conquistas de sus héroes.

Dice el señor Sarmiento que el pueblo de Paris tiene la religion de la *adresse;* quiere decir que todo el mundo dá aquí al extranjero las señas de una calle, y esto hasta cierto punto es verdad, nada mas que hasta cierto punto, pues en una poblacion numerosa como esta es imposible que falten personas capaces de detenerse á contestar á una pregunta sencilla; pero en cambio hay muchas que se dan por ofendidas, diciendo que el que ignora algo debe dirigirse á un *commissionnaire*, y despidiendo al pobre que hace una pregunta con cajas destempladas.

Sin embargo, justo es decir que en este pueblo tiene un hombre á todas horas mas auxilio del que necesita. Si uno titubea un poco mirando el letrero de una calle ó el número de una casa, enseguida viene otro á explicarle lo que desea saber. Si uno toma un coche de alquiler, está seguro de tener tanto al subir como al bajar quien le abra oficiosamente la portezuela. Pero todo esto, ¿qué quiere decir? — Dinero. Prestan al extranjero el favor que no ha pedido, y el extranjero no puede agradecerlo, ántes bien acaba por incomodarse con los que le hacen pagar lo que no ha mandado. Siempre se halla el mismo velo encubriendo el mismo vicio.

Una prerogativa tiene efectivamente el extranjero en este país, y es la de visitar los monumentos sin mas tarjeta que su pasaporte; pero esta es una preeminencia que se concede en todos los paises, con la sola diferencia de que aquí puede decirse que se paga el derecho de entrar en todas partes, puesto que hay que gratificar siempre á los que cuidan ó enseñan los museos y monumentos, miéntras que en España se ex-

pondria á sufrir un bochorno el que quisiera dar á ciertos empleados una gratificacion, que seria mirada como una injuria. Si el señor Sarmiento ha subido á la columna de Vendome, á la de Julio, ó á la torre del Panteon, ó al Arco de Triunfo, habrá sido dando algo á la entrada, pues de lo contrario no habria conseguido su objeto, aunque llevase pasaportes de todas las embajadas del mundo. Y adviértase que la cuenta no es floja en ciertos establecimientos donde hay precision de dar dinero á la primera entrada, y mas dinero en cada uno de sus departamentos ó secciones. Citaré, entre otros muchos ejemplos que omito por no molestar á mis lectores demasiado con un mismo tema, el famoso cuartel de los Inválidos que yo tuve el placer de visitar un dia por medio del pasaporte. Efectivamente, á la vista de este documento se abrieron todas las puertas, y muchas cabezas se descubrieron; pero tuve que dar gratificacion á la entrada del establecimiento, y gratificacion en cada una de las salas que me enseñaron, de modo que la curiosidad de ver un cuartel me costó, á mí, que no soy muy amigo de los militares, la friolera de tres ó cuatro duros. Este es el hecho, y si el señor Sarmiento, que no sé porque razon ha de haber sido siempre la excepcion de la regla, dice lo contrario, yo me inclinaré á pensar que dicho señor no ha estado en Paris.

Tampoco es cierto que haya en Francia esa veneracion á los extranjeros que el señor Sarmiento supone. Todo ménos eso; el público es aquí como en todas partes intolerante, y tal vez mas, pues añadiré para refutar la opinion del señor Sarmiento, que cuando en una cuestion cualquiera un extranjero tiene razon, la tiene en todas partes, ménos en Francia. Podria en caso necesario demostrar con una larguísima relacion de hechos esta verdad; pero para prueba de que no siempre se guardan aquí las debidas consideraciones á

un extranjero, recordaré la provocacion que me hizo uno de los inválidos al introducirme en una sala donde habia varios retratos de los mas célebres generales del imperio.

— ¿Es Vd. español? me preguntó el individuo.

— Sí, señor.

— Si estos hombres vivieran, prosiguió señalando á los retratos de sus héroes, mucho miedo causarian á sus compatriotas de Vd.

— No lo creo, le contesté yo en bastante mal francés; porque ninguno de esos guerreros tendria gana de volver á España.

El inválido disimuló el enojo que debió darle mi respuesta, y con afectada amabilidad me dió un golpecito en el hombro, diciéndome:

— Es Vd. muy jóven, y no pudo encontrarse como yo, en la batalla de Ocaña.

— Es verdad, repuse; pero he oido decir á los de su siglo de Vd., que la tal batalla de Ocaña fué una escaramuza comparada con la de Bailen.

Y sin dar tiempo al inválido para lanzar la réplica que no encontraba en su imaginacion, salí de aquella sala, un poco amostazado de una polémica poco atenta y no provocada por quien, como yo, iba con buenos modales á conocer una de las maravillas que tan agradablemente me han sorprendido en la hermosa ciudad de Paris.

De buena gana continuaria criticando, una por una, todas las páginas de los viajes del señor Sarmiento, pero confieso que esta tarea es superior á mis fuerzas, no porque no haya motivo, sino á causa de tanto motivo como hay. Además, los viajes del señor Sarmiento tienen párrafos que ofrecen tal incoherencia, tal confusion de ideas, que el diablo que los entienda. Algunas veces se me figura que la obra á que contesto no está escrita por un hombre solo, porque tendria

mas unidad, ni por varios autores de sana razon, porque tendria ménos disparates. Es preciso, digo para mí, que el señor Sarmiento haya visitado una casa de dementes, copiado en su libro de memorias una palabra escapada del fondo de cada jaula, y formado de este monstruoso conjunto de voces muchas páginas de su obra : solo así puede explicarse la excentricidad que domina en algunos párrafos como este que quiero copiar íntegro para que mis lectores conozcan la razon de la extrañeza que me causa:

« Don Francisco Matta me guia al ministerio, y M. Dessage, jefe del departamento político, me recibe. Este funcionario es el ojo con que Guizot ve la cuestion del Plata. Todos los dias presenta el extracto de los diarios y de las noticias recibidas. « Rio de la Plata » artículo de oposicion, no se lee. « Denuncia el *National* el corte de los bosques. » — Recoja Vd. datos. « Nota de Deffaudis pidiendo fuerzas » — No se mandan. Así se maneja el mundo, así se crea la historia. M. Dessage me interroga. Quiero yo establecer los verdaderos principios de la cuestion. Hay dos partidos, los hombres civilizados, y las masas semibárbaras. — El partido *moderado*, me corrige el Jefe del departamento político, esto es el partido moderado que apoya á Luis Felipe el mismo que apoya á Rosas, — No señor, son aquellos campesinos que llamamos gauchos — ¡ Ah ! los propietarios, la *petite propriété*, la bourgeoisie. — Los hombres que aman las instituciones... La oposicion me rectifica el ojo y el oido de M. Guizot (la oposicion francesa y la oposicion á Rosas, compuesta de esos que pretenden instituciones). Me esfuerzo en hacerle comprender algo ; ¡ pero imposible ! es griego para él todo lo que le hablo. Hay un partido tomado, y un gobierno no se deja persuadir á dos tirones, aunque Deffaudis y Saint Georges, que

están en el teatro de los sucesos, acrediten la competencia de la persona. En resúmen:

Rosas—Luis Felipe.
La mazorca—El partido moderado.
Los gauchos—La petite propriété.
Los unitarios—La oposicion del *National*.
Paz, Varela—Thiers, Rollin, Barrot.

Hizo mal el señor Sarmiento en acabar aquí, pues podia haber llenado muchas páginas mas de su obra, continuando de este modo, sobre poco mas ó ménos, su série de extravagancias:

Nicolás I.	Soulouque.
Polka-Mazurca.	El falansterio.
Zegries y Abencerrajes. . . .	Le Charivari et l'Univers.
Los polvos de la madre Celestina.	La Aristocracia.
x=3, z=1, x=z, 1=3. . .	Montalembert y sus secuaces.
El buey Apis, Montemolin. . .	Sancho Panza, el Judio Errante, Sarmiento
etc. etc. etc.	etc. etc.

Estos párrafos nutridos de incoherencias, tienen no solo la ventaja de llenar papel, sino tambien la de hacer casi imposible la crítica, por la sencilla razon de que para criticar una obra es preciso leerla, y para leerla es necesario que no contenga cosas capaces de obrar una completa perturbacion en el cerebro. Y pregunto yo ¿quién puede leer muchas páginas de los viajes del señor Sarmiento sin experimentar ese trastorno á que los facultativos dan el nombre de vértigo? Nadie en el mundo. Yo conozco á un sugeto que ha pasado

por los cabos de Hornos y de Buena Esperanza, cruzado una porcion de estrechos, y sufrido sin marearse las tempestades mas atroces; pues bien, este hombre leyó dias pasados unas cuantas líneas de la obra que voy criticando, y se mareó en tales términos, que si no le hubieramos aplicado con tiempo los remedios oportunos, podia haberle costado la torta un pan. Repetida la experiencia con marineros de profesion, que han pasado sobre el agua la mitad de su vida, el resultado ha sido idéntico siempre; quiero decir que todos se han mareado leyendo dicha obra; y yo que me he impuesto la dura pena de leerla para juzgarla, confieso que sufro á cada momento con su lectura, casi, casi, las agonías de la muerte. Para evitar esto, he resuelto adoptar un sistema que puede llamarse higiénico, el cual consiste en pasar por alto aquellos párrafos cuyas primeras palabras empiezan á desvanecerme la vista y atender no diré á los que son de todo punto inofensivos, que estos son pares y no llegan á dos, sino á los que producen menor estrago.

No creo que mis palabras puedan herir la susceptibilidad del señor Sarmiento, máxime cuando llevo manifestado, y no me cansaré de repetirlo, que los defectos en que dicho señor incurre son hijos de su excesivo chirumen y de su profunda sabiduría, porque así como una obeja blanca suele parir un cordero negro, el genio y la erudicion enjendran á veces los desatinos garrafales de que tan repetidos ejemplos ofrece la obra que voy examinando. Por otra parte seria inútil una torcida interpretacion á la sinceridad de mis palabras, porque aunque yo no tuviese una idea elevada del señor Sarmiento, el señor Sarmiento tiene formado tan alto concepto de sí mismo, que ninguna crítica por punzante que sea puede hacer mella en su amor propio. ¡Tontería! Mirabeau se encolerizaba contra los que oponian á sus facultades oratorias las de Bar-

nave. Demóstenes y Ciceron, Alejandro y César, Rafael y Murillo, Newton y Descartes, Mozart y Rossini, Shakspeare y Calderon, en una palabra, todos los hombres grandes que alcanzaron la palma de la inmortalidad por la elocuencia, las armas, la pintura, la ciencia, la poesía, ó por otros medios no ménos elevados, han sido sensibles á la sátira, dejando ver el lado flaco inherente á la humana condicion. El señor Sarmiento es el único de los grandes hombres, cuya vanidad se ha bañado en la laguna Estigia sin dejar un punto vulnerable á la maledicencia, de modo que seria temeraria la pretension de mortificar al señor Sarmiento, verdadera divinidad, que desde la cima del Olimpo puede mirar con desden la impotente censura de los mortales. ¡Que si quieres!

La prueba de lo que acabo de decir está en casi todas las páginas de los viajes que tengo yo la insolencia de comentar, no porque crea salir airoso de mi empresa, sino para mostrar que en este pícaro mundo nunca falta un Zoilo para un Homero. Segun dichos viajes, el señor Sarmiento ha sido, como el señor Manolito Gazquez el de Sevilla, el primer galan de todas las fiestas. Todos los hombres le han oido como á un oráculo, todos han conocido su importancia, todos han celebrado en él esa sublime elocuencia que lleva de la admiracion al éxtasis, y á veces del éxtasis al sueño. Vean ustedes, sino, como el mismo señor Sarmiento cuenta su entrevista con M. Mackau, antiguo ministro de marina de Luis Felipe, dice así:

«Mi amigo el comandante Massin, compañero de viaje del Brasil á Europa, habia sido destinado al ministerio de la marina, y cada vez que nos veiamos me referia los progresos que hacia en un plan de operaciones emprendido con el baron Mackau, ministro del departamento. Cuando se habla del Rio de la Plata en el ministerio, me decia, yo suelto alguna frase de in-

teligencia, la discusion se traba, y á lo mejor digo á mi ministro; no conozco á fondo este punto; pero ha venido conmigo un americano que le solveria á Vd. todo género de dudas. Le pico la curiosidad, y un dia de estos vengo á llevarlo para que tenga una entrevista. No se pasan en efecto cinco, ántes de que el comandante Massin se presente en mi habitacion, radioso del placer de haberse salido con la suya. Recíbeme Mackau con la amabilidad espansiva del hombre que se siente estúpido, y le han persuadido que su interlocutor es mas *inteligente;* porque el baron Mackau tiene una reputacion colosal en Paris de ser un animal en dos piés: en la cámara no lo interrumpe la oposicion á fin de oirlo decir *platitudes*, y el centro se venga de su servidumbre, riéndose de su jefe y amigo, á dejar correr las lágrimas, cuando él tiene la palabra. Hablo largamente de los acontecimientos del Plata; y como no es tan sabido como M. Dessage, no me corrige los conceptos, no me sostituye las *sanas* ideas en lugar de las mias. M. Mackau aprueba todo con un signo de cabeza y una sonrisa. Digo cuanto juzgo oportuno para edificacion del ministro; su benevolencia me anima, siento que mi confusion primera se disipa, mis ideas se aclaran; cita hechos, establezco principios, *me escucho elocuente. Massin está contentísimo de su amigo el americano; lo leo en sus ojos animados.* El almirante continúa siempre *haciéndome reverentes signos de aprobacion;* pero son tan metódicos, son tan mecánicos, que parece una palanca; mírole fijamente los ojos, y veo en ellos aquella fijeza sin mirada del hombre que no escucha, absorvido por algun pensamiento interno. Yo me detengo repentinamente en mi improvisacion, y el ministro faltando el ruido de las palabras, despierta, y no sabiendo que decirme porque no está en antecedentes, esplora, tartamudea, y no acaba: hay un momento de silencio, trato de escabullirme, y

Massin me aprieta la mano al salir, en signo de parabien, creyendo que he depositado alguna idea en aquel cerebro de estopa, *¡habia sido tan animado mi discurso!*»

Pero si M. Mackau se dormia con los discursos del señor Sarmiento, es porque no tenia bastante inteligencia para saber apreciarlos, y realmente no sé yo como no se fué á pique toda la marina de Francia estando gobernada por un hombre tan *estúpido* como M. Mackan que se durmió sin dignarse oir á un *interlocutor tan inteligente* como el señor Sarmiento. ¿Cómo podia Luis Felipe dejar de caer estando aconsejado por semejantes hombres? Si yo hubiera tenido noticia de lo que el señor Sarmiento ha revelado tan tarde, creo que habria predicho la revolucion de febrero con la exactitud con que los astrónomos predicen un eclipse. Porque no hay duda; cuando M. Mackau se durmió al escuchar el soberbio discurso del señor Sarmiento, probó que no servia para timonel, cargo que exige la mas exquisita vigilancia. Descuidado el timon, era natural que la nave caminase sin rumbo, y marchando á la aventura, era claro que debia estrellarse en uno de los inmediatos escollos. Empiezo á creer que M. Mackau es el autor, sin saberlo, de todo lo que ha sucedido, está sucediendo y ha de suceder en el viejo mundo. Digo mas; creo que los revolucionarios de 1848 derribaron á Luis Felipe, solo para vengar la dignidad del señor Sarmiento, ultrajada por el intempestivo sueño de M. Mackau. El tiempo aclarará este misterio, ó como decia Quevedo: «Ello dirá, y sino lo diré yo.»

Para compensar el desaire de un hombre tan tonto como Mackau, vean ustedes que efecto tan prodigioso produjo la elocuencia del señor Sarmiento en un hombre tan avisado como M. Thiers

« En fin, dice, soy introducido á M. Thiers, que no puede dedicarme sino un cuarto de hora, porque está reconcentrándose para pronunciar en la Cámara un discurso de cuatro horas. Tan fastidiado estoy de los grandes hombres que he visto, que apénas siento entusiasmo al acercarme á este diarista, historiador, estadista, financista, orador. En la calle Nueva de Saint-Georges tiene su hotel rodeado de árboles frondosos, y separado de la calle por una verja de hierro que deja ver el verde césped que alfombra el suelo. Esperábame en su jardin á la sombra de los árboles, á la orilla de un estanque lleno de pescadillos rojos que tenian el agua en un continuo movimiento. Es M. Thiers un hombre chiquitito, moreno, cara redonda como un boliviano; su metal de voz es poco sonoro, su palabra fácil, su *aproche* alentador. La conversacion se hubo entablado luego; no habia momento que perder : al principio me aventuré con timidez, el chasco de Mackau me venia á la memoria; y luego exponer ideas á M. Thiers, es una tarea que se la doy, no digo á un americano, al mas pintado, á un escritor europeo. Pero habia tanta indulgencia en su semblante, me detenia medroso, y él me decia : continúe Vd. El cuarto de hora pasó, y quise levantarme.—No, todavía no, me interesa, siga Vd. — Y al fin de tantos sufrimientos tuve la dicha, tan cara para los hombres que comienzan y no tienen prestigio, de verse animados, aprobados, aplaudidos, por una de las primeras inteligencias de la tierra.

¿Para qué he de decir á Vd. el tema de mi discurso? Conócelo Vd. y podria repetir las mismas palabras, los mismos pensamientos. M. Thiers al oirme me decia, continúe Vd.; la cuestion toma otro aspecto que no le conocia; esto es grande, continúe Vd. — Y yo seguia, amigo; *la palabra me venia fácil y neta en francés*, como en aquellas horas de interminable char-

la con mis amigos. Decia todo mi pensamiento, y ví un momento la América toda y su porvenir desarrollarse ante mis ojos, claras todas las cuestiones, rodando sobre un punto céntrico, único, la falta de intereses industriales. —¿Rosas cuenta con la mayoría? —Sí, señor, sus enemigos verdaderos, de corazon, son los pocos que tienen por la regeneracion de las ideas el sentimiento de la unidad de los pueblos cristianos. Mi introductor me punzaba para que no continuase en este mal camino : despues me decia, malo, dígale que la inmensa mayoría le es hostil.

» Preguntóme en seguida por Florencio Varela, y mi introductor se apresuró á decirle que por él le venia recomendado. Varela habia dejado una agradable impresion en su espíritu, y los elogios que en la Cámara tributó á su nombre, los mas exagerados aun que sobre su mérito y la fascinacion de su palabra hizo el petate de Mackau, son sin duda timbres de que puede gloriarse un americano. Es Varela en efecto, no el hombre mas instruido que tiene hoy la República Argentina, sino la naturaleza mas culta, el alma mas depurada de todos los resabios americanos, es el europeo aclimatado en el Plata ya, como aquellas plantas exóticas que á tres ó cuatro generaciones, y mediando la cultura esmerada, recobran al fin el perfume y sabor que les eran originales. Varela ha dejado aquí amigos apasionados y entusiastas, es conocidamente el centro de la accion inteligente contra Rosas en Montevideo, y su contacto diario con todos los hombres notables que toman la gestion de aquellos negocios tan complicados, hace valer la influencia de sus modales tan cordialmente cultas, de su espíritu tan sensatamente elevado. Poniendo su nombre al frente de un diario, ha querido por respeto á sí mismo ponerse un freno para no ceder á la tentacion á que sucumbió Ribera Indarte de volver injuria por

injuria, en aquella lucha en que contra el razonamiento y los principios se arrojan las pasiones groseras y la violencia. Sobre todo, lo que hace de Varela un hombre inestimable en la crísis en que tiene que figurar, es su posesion completa de los idiomas modernos, que hace de él un intermedio indispensable entre los enviados europeos y los americanos interesados en la lucha. M. Thiers lo habia favorecido con una distincion que rayaba en la amistad, y así nos lo expresó esta vez. Al despedirnos, M. Thiers dijo, sin duda no con otro objeto que el de prodigar una de esas amables palabras con que el francés hace feliz al que se le acerca: *he oido con placer á este señor*. Su modo de ver la cuestion es *nuevo, fecundo, me interesa;* no me pesa el tiempo que le he consagrado; hablarémos mas despacio despues; necesito mas datos. Llévelo á la Cámara pasado mañana, que hago una reseña general de la política del ministerio: hablaré tres horas; no diga Vd. nada; quiero caerles de improviso. Yo me retiré, como Vd. puede imaginarlo, *satisfecho de mí mismo, radioso,* INFLADO y tiñendo de rosa mi porvenir de Paris.

Sígame á la Cámara; voy á introducirlo á otro mundo. En la sala de los pasos perdidos soy presentado á Armand Marrast, redactor del *National* y opositor á Rosas, simplemente por desafeccion á Guizot. Hablamos, me escucha, *me aprueba;* pero me pide datos escritos para hacer con ellos artículos de oposicion. Pido que se escriba en el sentido de nuestros intereses americanos y no en los de la oposicion, y me hace sentir que eso no le importa sino hacer la oposicion. »

Por último el señor Sarmiento dice que vió á Júlio Janin y á Ledru Rollin, y aunque no cuenta el efecto que sus discursos produjeron en el ánimo de estas notabilidades, es de presumir que seria como siempre,

arrebatador, mas que arrebatador, divino, mas que divino, sarmentesco, término á donde ya no alcanza la imaginacion del hombre.

Pero á todo lo que el señor Sarmiento dice acerca de sus entrevistas con las personas notables de Paris, tengo yo que hacer muchas objeciones, ó si Vds. quieren, una objecion que vale por muchas. Yo creo que el señor Sarmiento no ha visto á ninguno de los personajes que cita, y voy á decir porqué.

Suponiendo que el señor Sarmiento haya estado en Paris, dudo que haya visitado á las notabilidades que cita. En esta poblacion hay mucha gente de buen humor y malas entrañas que abusa de la candidez del prógimo para divertirse, y es muy probable que algun galopin se entretuviese en presentar al señor Sarmiento ante otros perillanes compinches suyos, preparados de antemano para representar en la farsa, uno el papel de periodista, otro el de orador, otro el de ministro, y así sucesivamente; de manera, que cuando el señor Sarmiento creia hablar con M. Mackau que se dormia, con M. Thiers que se admiraba ó con M. Marrast que pedia datos para escribir artículos de oposicion, estaba tal vez hablando con varios cómicos del Palais Royal, ó con uno solo que supo disfrazarse y desempeñar primorosamente los tres papeles.

Las pruebas morales que yo tengo para abrigar esta opinion, son irrefragables. ¿Se concibe, en efecto, que haya podido ocurrir nada de lo que el señor Sarmiento cuenta de sus entrevistas con las expresadas notabilidades? Dice que el ministro de Marina se durmió. ¿Es posible que en este país del buen tono, un hombre de la alta sociedad, un ministro nada ménos, cometiese tan grave falta de desatencion? Aunque M. Mackau no tuviese talento, es seguro que tendria la educacion de que no carece la generalidad de los franceses, aun en las clases mas ínfimas, y no pudiendo negarse al ex-

ministro esa prenda que rechaza todo acto de grosería, no se comprende la chocante aventura de que nos habla el señor Sarmiento. Así, lo repito, el individuo que dijo ser M. Mackau, no era M. Mackau, y aunque pareciese que dormia, no dormia: era sin duda un *drôle* que quiso divertirse con un *dupe*, algun cómico de aquellos que representan en las parodias del Palais-Royal personajes célebres contemporáneos, remedando á las mil maravillas su cara, sus gestos, su voz y sus maneras.

Dice tambien el señor Sarmiento que M. Thiers estuvo muy complaciente con él, manifestando el mayor interés en escucharle. Esto sí que es pedir peras al olmo. ¡El pobre Sarmiento no conoció que aquel hombre no debia ser M. Thiers, cuya inteligencia rica y experimentada, y cuya frialdad característica son ya inaccesibles al entusiasmo. No, aquel hombre no era M. Thiers, sino el tuno del cómico que sabia parodiar, con la exageracion que es inherente á la farsa, las maneras elegantes de este gran político, así como habia dado un viso demasiado grotesco á las de M. Mackau! Sino fuera porque siempre causa pesadumbre el hombre que en cualquier sentido hace la víctima, hubiera sido magnífico el ver al Señor Sarmiento engañado por tan excelente mímico, creyendo de buena fe todo lo que veia y escuchaba, recibiendo impresiones agradables ó desagradables, segun la voluntad de la parte contraria; en una palabra, siendo el hazmereir de uno de esos hombres cuya crueldad va desgraciadamente acompañada del talento y del chiste para su disculpa; pero la broma era harto pesada, y el sentimiento de la compasion debia ahogar al de la risa viendo al señor Sarmiento en una situacion verdaderamente lastimosa.

Por último, dice este señor que M. Marrast le pidió apuntes para escribir un artículo de oposicion, mani-

festando que este era su único objeto, pues nada le importaban los intereses americanos. ¡Ya escampa! M. Marrast no pudo dar semejante contestacion al señor Sarmiento, porque era uno de los hombres mas atentos del mundo, como su inteligencia era de las primeras de la Francia. Pero hay una consideracion mas fuerte todavía. Si los intereses de Rosas estaban representados por el ministerio Guizot, como el señor Sarmiento manifiesta, es claro que los intereses de los pueblos americanos estaban representados por los que hacian la oposicion á dicho ministerio. Era imposible no favorecer los intereses de los pueblos americanos, combatiendo á los que patrocinaban la politica de Rosas, ¿cómo, pues, pudo decir M. Marrast que haria la oposicion al gobierno, condenando sus relaciones con Rosas, sin favorecer los intereses americanos? Esto no podia caber en una cabeza tan bien organizada como la de M. Marrast. Por otra parte este célebre periodista era de aquellos que no hacian una oposicion puramente personal, sino de principios. Era uno de los representantes mas avanzados que en su tiempo tuvieron las ideas democrático-liberales, y por lo tanto era imposible que desamparase sus principios, que desperdiciase la ocasion de servir á los pueblos americanos, que sacrificase, en fin, sin objeto, lo que convenia á sus opiniones, á la índole de su periódico, y al combate que sostenia contra el gobierno. En vista de estas razones capaces de convencer á una piedra, puede asegurarse tambien que el sugeto que hizo ante el señor Sarmiento el papel de Marrast, no era M. Marrast. ¿Quién era pues? El pícaro cómico.

Hasta aquí no he dado mas que pruebas morales para demostrar que el señor Sarmiento, víctima sin duda de una alucinacion ó de un engaño, no ha visto á ninguna de las personas que cita. Ahora voy á dar una prueba material, y esta es concluyente.

En la carta dirigida por el señor Sarmiento al señor Aberastain, se dice lo que sigue; «Por accidente oigo á Lassalle, editor del *Correo de Ultramar*, al redactor de la *Presse* al servicio de Rosas, y á M. Pichon, el excónsul de Montevideo... El primero escribe, segun el mismo, para que Rosas se suscriba por doscientos ejemplares, etc.»

Yo no tengo el gusto de conocer á M. Pichon, ni al redactor de la *Presse* á quien alude el señor Sarmiento. Supongo que este redactor no será Emilio Girardin, porque en tal caso merecia la pena de que se hubiera citado su nombre, y en cuanto á M. Pichon diré solo que nadie habla de él por aquí; es posible que ya se lo hayan comido, pues tal es el duro término de los séres que llevan su nombre; pero en cambio, tengo el honor de conocer á M. de Lassalle, editor propietario del *Correo de Ultramar*, y puedo asegurar á mis lectores que no hay una palabra de verdad en lo que el señor Sarmiento dice acerca de este caballero. M. de Lassalle que es hombre veráz y tiene muy buena memoria, dice que nunca ha visto al señor Sarmiento, y que recuerda no haber oido pronunciar este nombre en toda su vida. Dice tambien que nunca ha tenido trato alguno con Rosas, ni su periódico se ha mezclado jamás en los asuntos políticos de la república Argentina, como tampoco se mezcla en los asuntos de Europa, pues dicho periódico no tiene ningun color, ni es otra cosa que un papel destinado á narrar imparcialmente los sucesos de la época, poniendo á los americanos al corriente de lo que pasa en el viejo mundo. M. Lassalle no tiene necesidad de probar lo que dice, porque el argumento mas concluyente contra una asercion falsa, es una negativa rotunda; pero, sin embargo, da razones poderosas para pulverizar la absurda aseveracion del señor Sarmiento, cuyo nombre recuerda no haber oido pronunciar en toda su vida. Estas pruebas

son indestructibles: la una está viva, permanente, visible para todo el que haya observado la conducta neutral del *Correo* en los muchos años que cuenta de existencia; la otra consiste en este sencillo razonamiento. ¿Es posible que un periódico acreditado, favorecido por millares de personas de todas las opiniones en el nuevo mundo, fuese á comprometer su porvenir por la miserable recompensa que supone el señor Sarmiento? Esto seria mas que dejar lo cierto por lo dudoso, seria preferir lo ménos á lo mas, cosa que nunca hubiera aceptado la empresa del *Correo de Ultramar* sin acreditarse de insensata, que el mismo Rosas no podia proponer, sin incurrir en la nota de extravagante, y que solo cabe en la mollera del señor Sarmiento, el hombre mas particular del mundo, y tambien el hombre mas célebre, si bien hasta la ocasion presente M. Lassalle y yo, hacemos memoria de no haber oido pronunciar su nombre en nuestra vida.

Ahora bien; puesto que carece de verdad todo lo que el señor Sarmiento dice, relativamente á M. Lassalle, es de presumir que no tenga mejor fundamento lo que refiere acerca á MM. Mackau el exministro, Thiers el orador, Marrast el difunto periodista, y Pichon, que con arroz debió gustar mucho á los que se lo comieron.

No por eso quiero decir que el señor Sarmiento haya mentido; al contrario, creo que él se figura haber hablado con dichos sugetos, cuando realmente solo ha hablado con el pícaro histrion que ahora estará parodiando al señor Sarmiento, como parodió entónces á los citados personajes.

Y á la verdad, siento que un hombre que no es chino sin, chileno, se haya dejado engañar como un chino, porque á pesar de sus rarezas veo que es liberal, y esto basta para que yo le profese algun cariño, aunque

no mucho, pues creo que dicho señor no es tan liberal como él supone. Si fuera liberal no diria al señor Alberastain lo que van Vds. á oir : « Pero vea Vd. algunas cifras. La Francia tiene 35,000,000 de habitantes, y 270,000 electores, elegidos segun lo que poseen *y no segun lo que saben.* »

El señor Sarmiento, víctima de las parodias de los franceses, tiene la desgracia de parodiar á todo el mundo. He visto una de sus obras que titula « DE LA EDUCACION POPULAR » la cual es sin duda una parodia, por no decir que una copia de la obra de Avendaño consagrada al mismo objeto, tan conocida y recomendada en las escuelas de España. En sus *Viajes* ha parodiado á los escritores franceses hasta en la afectada manía de insultar á la nacion española, y ahora veo que, al emitir su opinion respecto al derecho electoral, parodia á cierto ciudadano que queria *una buena república con un rey fuerte á la cabeza.*

¿En qué siglo vivimos, señor? ¡ Hasta cuándo será el despotismo defendido por los liberales? ¿ Qué quiere decir eso de « 270,000 *electores elegidos segun lo que poseen y no segun lo que saben ?* ¿ Tambien el señor Sarmiento es de los que como Simon de Sismondi dicen que los votos deben pesarse en lugar de contarse? Pues permítame decirle que su opinion es en esta parte tan liberal como la de la aristocracia francesa ó la de la teocracia romana, y mas perjudicial que estas porque está ménos gastada.

¡ Cómo ! ¿ No tenemos bastante ya con la tranquilla de la propiedad puesta en juego hasta aquí por los amigos del monopolio para que vayamos á sustituir ó agregar ahora la triquiñuela de lo que llaman ciencia, capacidad ó talento? He aquí un recurso magnífico para los déspotas, un pretexto digno de los que quieren condenar al pobre pueblo, que lo paga todo con su bolsa y su sangre, á no tener jamás represen-

tacion en las cosas que tan directamente le interesan. Francamente, la cancamusa de la riqueza es ménos injusta que la del saber, porque es ménos restrictiva, y porque limita ménos el número de los sufragios, pues en toda nacion por grande que sea su cultura, hay ménos sabios que grandes contribuyentes. Además, como la capacidad metálica se prueba mas fácilmente que la intelectual, la restriccion inventada y explotada hasta aquí por los adversarios del voto universal, es ménos ocasionada al abuso que la que quieren suplir los liberales del calibre del señor Sarmiento. Una carta de pago es credencial suficiente para reclamar el derecho electoral en los países donde este precioso derecho se concede solamente á los que tienen fortuna. Pero ¿cómo se acredita la capacidad científica, literaria, artística, ó industrial? ¿Por los títulos? Este seria malísimo medio, porque hay en todos los países muchos hombres que son sabios, aunque no tengan título de tales, como hay otros que tienen títulos de sabios y andan en dos piés por casualidad. ¿Cómo se formarian las listas? Habria que crear una junta de examinadores para probar la idoneidad de los aspirantes al voto, y esto no ofreceria grandes dificultades; pero lo difícil seria determinar las condiciones literarias de los electores. ¿Bastaria haber estudiado un año de filosofía, ó seria preciso saber zoología y numismática? Pero este exámen se evitaria dando solamente el derecho de votar á los que acreditasen su capacidad por medio de títulos, tales como los abogados, los médicos, los boticarios, los arquitectos, los albéitares y los curas. ¡Bonito cuadro electoral!

Sabido es que en ciertas carreras el talento natural se ostenta sin necesidad de títulos académicos; así hay excelentes pintores, grandes escultores y eminentes poetas, que por carecer de dichos títulos no podrian

acreditar *legalmente* su aptitud, y por consiguiente estarian bajo el sistema de las capacidades intelectuales tan postergados como lo están bajo el de las capacidades metálicas. En España, por ejemplo, tenemos un Quintana, un Breton de los Herreros, un Lafuente, un Tejeo, un Piquer, y otros hombres notables en las letras y bellas artes, que no son abogados ni médicos, ni boticarios ni arquitectos, ni albéitares ni clérigos, y por consiguiente carecerian de derecho electoral bajo el abusivo sistema del señor Sarmiento, el protector de la inteligencia.

Pero quiero suponer que ninguna verdadera capacidad quedase excluida. ¿Qué se habria conseguido con esto? Tener un colegio electoral muy bueno para escribir comedias, pintar retratos, hacer bustos, embrollar pleitos, matar sanos en lugar de curar enfermos, componer jarabes y píldoras, levantar planos, herrar caballerías y cantar el miserere; es decir, un colegio electoral bueno para todo ménos para conocer la necesidad de las reformas económicas, de las mejoras materiales, de todo lo que dice relacion á la agricultura, á la industria, al comercio y al trabajo en general. Este colegio seria ménos numeroso, y por consecuencia, mas tirano, mas exclusivista que el de los propietarios. Es imposible que un liberal de buena fe acepte semejante monopolio: eso solo se concibe en el señor Sarmiento que, dedicado á difundir la educacion primaria, no ha podido hacer su educacion política.

Hasta aquí he combatido, aunque muy ligeramente, el sistema electoral de las capacidades, considerándolo solo bajo el punto de vista de la conveniencia, ¡cuánto habria que hablar si fuesemos á entrar de lleno en la cuestion de derecho! ¿Con qué razon puede negarse á ningun ciudadano la facultad de intervenir en el mecanismo administrativo-legal á que somete sus intere-

ses, su vida y la de su familia? ¿Porqué un hombre, un miembro de la communion social, ha de ser bueno para contribuir con sus brazos al cultivo de la tierra, con sus hijos á la seguridad de la patria, y no con su voto á la formacion de las leyes? ¿Quién puede abrogarse el privilegio de negar á otro hombre un derecho político emanado lógicamente del derecho natural? Cuestiones son estas que merecen discutirse mas despacio, aunque á los ojos de los que aman realmente la libertad basta enunciarlas para resolverlas. Así, concluiré este asunto diciendo, que el credo de los liberales respecto á la cuestion electoral está formulado en estas inmortales palabras de Mirabeau: « No concibo ciudadano alguno que no sea elector ó elegible, representante ó representado. » El señor Sarmiento es dueño de aceptar ó no esta doctrina, como yo soy dueño tambien de decir :

Que si al sistema fatal,
Del oro, pretende ufano
Suplir un abuso igual,
Será... muy republicano;
Pero poco liberal.

A la igualdad da tormento,
Fingiéndose de ella amigo;
Mas yo conozco su intento,
Y tomo la pluma y digo:
«Sépase quien es Sarmiento.»

Es un hombre universal,
Cuya inspiracion coloco
En la region celestial,
Pero poco... mas que poco,
Poquísimo liberal.

Y aquí doy fin á este capítulo; porque el señor Sarmiento olvidando los buenos consejos del señor Aberastain no nos habla mas que del Hipódromo, del jar-

din Mabille y de otras varias cosas que no tienen mas importancia. Sobre todo, concluyo este capítulo, porque creo haber ya probado como tres y dos son cinco, que si realmente el señor Sarmiento entró en Paris, Paris no entró en el señor Sarmiento.

CAPITULO III.

En que se demuestra que el señor Sarmiento se subió á la parra provocando el golpe que hoy sufre y que probablemente no será el último.

Ya tenemos al Pipino de los Sarmientos, al Napoleon de la ciencia introducido, no *en* España, como diria cualquiera que quisiera hablar con propiedad, sino *á* España como él dice, perseverando en su monomanía de escribir de modo que nadie le entienda. ¿Y saben ustedes por dónde dicho señor se nos ha introducido en España? El mismo dice que *por los caminos*, cosa que en otros nos pareceria natural, pero que es extraña en un hombre cuya extravagante originalidad se aviene mal con la rútina sancionada por todos los viajeros que llevan el espíritu servil de imitacion hasta el punto de andar siempre por los caminos en lugar de atravesar los terrenos áridos ó llanos, secos ó pantanosos por donde nunca haya pasado alma nacida, lo cual ofreceria la ventaja de la rareza, en compensacion de algunos tropiezos, ó si ustedes quieren, obstáculos, ó lo que es igual, inconvenientes.

Una especie algo extraña, ó por mejor decir, dos

especies, extrañas ambas á dos, suelta el señor Sarmiento con motivo de su introduccion *á España*, pues no parece sino que dicho señor se ha propuesto ser *especiero de extrañezas*. Dice que hay *dos caminos*, y se admira *de que haya diligencias*. ¿No es esto un insulto? Si por cierto; pero no es un insulto á los españoles sino á los americanos, á quienes supone el señor Sarmiento capaces de ignorar que la nacion española tiene mas de dos caminos y mas de cuatro diligencias. ¡Dos caminos! Pues qué ¿no sabe el señor Sarmiento que la España como país codiciado y frecuentado desde los tiempos mas remotos por los fenicios, por los cartagineses y por los romanos, conserva varios caminos de aquellos tiempos como presenta todavia otros muchos monumentos de su antigua civilizacion? Solo el emperador Trajano hizo abrir tres caminos, uno en Castilla la Nueva, otro en la Vieja, y otro en Extremadura, y desde entónces hasta la venida del señor Sarmiento, en que ningun judio ha sospechado la venida del Mesías, seria harto prolijo enumerar los caminos que se han construido, sin contar el camino de Santiago, que aunque no le hayamos hecho los españoles, nos pertenece como á cualquiera otro país del globo. En cuanto á las *diligencias*, solo diré que existen hace mas de veinte años, no solo para la carretera de Francia, sino para las de Zaragoza y Barcelona, Valencia, Extremadura y Galicia, sin contar las de las líneas transversales, ni las *diligencias propias*, como las que debieron traer al señor Sarmiento á Europa, ni las *diligencias judiciales* en que yo he volcado algunas veces por desgracia: ni, en fin, las *diligencias precisas*, que existieron mucho ántes de las galeras, y que jamás caducarán, á pesar de los caminos de hierro.

Verdad es que *diligencias* como las que describe el autor de los *Viajes* á que contesto, no se ven todos los

dias, y por mi parte aseguro que no tenia de ellas la menor noticia. «Y en prueba de ello, dice el mencionado autor, se mandaron hacer á Francia (*en Francia* debia decir, pues así parece que fué la nacion la que hizo las diligencias) las que viajan por la carrera de Bayona á Madrid, que son las únicas que tienen *forma y comodidades humanas.*»

Como este adjetivo *humanas* (sin duda porque el autor desconoce las exigencias de la lengua en que pretende escribir) se refiere tanto á la *forma* como á las *comodidades* de las diligencias mandadas hacer, no á los franceses, sino á la Francia, es natural que yo no tenga noticia de semejante innovacion. Hemos visto diligencias mas chicas ó mas grandes, pintadas de verde ó de amarillo, que todas convienen en tener sobre poco mas ó ménos la forma comun á los carruajes de grandes dimensiones; pero lo que es diligencias con *forma humana*, francamente nunca las hemos visto en España, ni creo que el mismo señor Sarmiento las haya visto en ninguna otra parte á pesar de haber corrido las tres quintas partes del mundo. ¿Dónde, y con qué objeto han podido los hombres hacer diligencias con forma humana? Para eso seria necesario que las tales diligencias tuviesen cabeza, brazos y piés como nosotros, ojos, narices y boca, en la cara, sin hablar de ciertas diferencias sexuales, tales como llevar patillas ó bigote los *diligencios*, etc. Si yo fuera capaz de abrigar ideas supersticiosas, creeria que tan pronto como el señor Sarmiento entró en España, se lo habia llevado el diablo bajo la rara metamórfosis de diligencia, ó por mejor decir, de diligencia *con forma humana.*

Pero á seguir voy en verso
La ya comenzada historia,

especies, extr:
miento con m
no parece sin
especiero de e
se admira *de q*
sulto? Si por
pañoles sino á
señor Sarmie
pañola tiene n
ligencias. ¡ D
Sarmiento que
cuentado desd
nicios, por los
serva varios ca
senta todavía o
gua civilizacio
abrir tres cami
la Vieja, y otr
hasta la venida
judío ha sospec
prolijo enumera
sin contar el can
hayamos hecho
cualquiera otro
gencias, solo diré
no solo para la ca
Zaragoza y Barcel
cia, sin contar las
diligencias propia
señor Sarmiento á E
les en que yo he volca
en fin, las *diligencia*
ántes de las galeras, y
de los caminos de hier

Verdad es que *dilige*
autor de los *Viajes* á qu

Por la razon concluyente
De que me causa la prosa.

[illegible] mis lectores,
[illegible] mis lectoras,
[illegible] noticias!
[illegible] tan ventajosa
[illegible] Sarmiento
De [illegible] países de Europa,
De estas cosas que cuenta
De la nacion española!....

Dice, que en las Provincias
Las principales personas
[illegible] reyes jugando
[illegible] y la pelota.

Dice, que solo este hombre
Podia tener, no es broma,
Otras cosas que dice
Sólo porque se le antoja.

Salió por fin de Vizcaya,
Donde fué su estancia corta,
Iendo siempre en diligencia
De aquella de *humana forma*:

Y entró en la ciudad de Búrgos
En las horas tenebrosas
De la noche, *muy contento*
De llegar *tan á deshora*.

Porque este hombre caprichoso
Segun sus palabras propias,
[illegible] mas de las tinieblas
[illegible] la luz importa;

[illegible] como si en el momento
[illegible] la victoria

ral se alegrase
r perdido sus tropas.

o obstante á ver el pueblo,
la catedral gótica
ntásticas quimeras
eraba en su cholla,

eciéndole *parduscas*
iedras y cuantas cosas,
o tormento á los ojos,
bir pudo en la sombra;

rque como dice el vulgo,
esto no se equivoca,
os los gatos son *pardos*
ndolos á ciertas horas.

e acercó un sereno al punto
.. « ¿Temes la luz? Pues toma, »
jo acercando á Sarmiento
linterna misteriosa,

Lo que no debió ser grato
quien con gusto trasnocha
or ver las cosas á oscuras,
in sol, sin luz y sin moscas.

Pasó luego á ver el Arco
Levantado á la memoria
Del conde Fernan, monarca
Que gobernó sin corona.

Y mas léjos vió un trofeo,
Que aun los castellanos honran
Recordando la mas alta
De las castellanas glorias.

Allí Rodrigo Vivar
A quien *Cid* el pueblo no

Concedia y celebraba
Sus pláticas amistosas

Con los príncipes y reyes
Que abrumados de zozobras
El apoyo mendigaban
De su espada vencedora.

Alzóse luego Sarmiento
Sobre la muralla tosca
Para ver aquellos campos
Tan célebres en la historia.

Y aunque nada vió, temblaba
Creyendo oir ¡ oh congoja !
De las musulmanas huestes
Los atambores y trompas.

Pero nada vió en resúmen,
Por ser la noche tan lóbrega,
Bien que probó sin ver nada
Emociones espantosas,

Como las obras de este hombre
Me gustan á mí, y me asombran,
Aunque palabra no entiendo
De lo que dice en sus obras.

Y digo que no vió nada,
Y no lo digo por mofa,
No solo por que de noche
No es fácil ver ciertas cosas,

Sino por aquel adagio
Del tiempo de Epaminondas
Que dice : «No ha visto á Búrgos
Quien no ha visto el Papa-moscas.»

Salió de Búrgos Sarmiento...
Pero ya el verso me estorba

Y aquí doy fin al romance
Y vuelvo á tomar la prosa.

Es una desgracia que la España vaya perdiendo toda su poesía, todo lo que un tiempo tuvo de pintoresco. Así lo dice el autor de los autores, el hombre singular que se daba el parabien de haber entrado en Búrgos de noche para tener el gusto de no ver nada de lo que queria describir. ¿Y saben ustedes porqué va desapareciendo de España todo lo que tuvo de poético y pintoresco? El fotofobo viagero lo dice en estas pocas palabras: « Ya no se ven aquellos monjes blancos, pardos, chocolates, negros, overos, calzados y descalzos, que hicieron la gloria del paisaje español hasta 1830, cuando una nueva Saint-Bartelemí, imprevista, vino á pedirles cuenta de los autos de fe de la Inquisicion.»

Me atrevo á decir, con perdon del señor Sarmiento, que los frailes dominaron algun tiempo sin ser jamás la gloria de España, y que la Saint-Bartelemí de que habla, no tuvo lugar en 1830, sino en 1834, de modo, que en las líneas que he copiado, la verdad de la observacion corre parejas con la exactitud de la fecha.

« Apénas se encuentran en el dia en los caminos seis ú ocho clérigos, continúa el autor, hechizos del fraile que está suprimido, y envueltos en sus anchos manteos y bajo el ala del sombrero que caracteriza al clero español y á los jesuitas de Roma. »

Vean ustedes que distintos pareceres hay en el mundo. El señor Sarmiento se lamenta de que se haya reducido tanto una clase que en mi concepto no se ha reducido todavía lo bastante, y esto consiste en que el señor Sarmiento quisiera borrar del mapa á esa pobre nacion á quien yo amo, por la simple razon de que es mi patria. Lo que hace falta en España son canales y ferrocarriles que den valor á la agricultura, y esto ya se va

logrando por fortuna, con lo que podemos muy bien consolarnos de la pérdida de aquellos hábitos blancos y pardos, chocolates, negros y overos, cuyo contraste tenia algo de pintoresco, pero cuya poesía era ferozmente prosáica.

Tampoco es verdad que solo se reconozca la localidad de España por los mendigos que salen á pedir limosna, que mendigos hay en todas partes; ni por las largas yuntas de bueyes que se unen á las mulas para tirar de la diligencia, cosa que solo se ve en las montañas elevadas cuando los caminos se llenan de nieve y de hielo. Estas cosas podrian tolerarse en un chino que quisiera exagerar en su patria las costumbres de Europa, ó en un europeo que se propusiera llamar la atencion de los necios refiriendo patrañas de la China; pero decir tales atrocidades de España, hablando á personas, que aunque distantes de esta nacion tienen motivos para conocer sus adelantos, lo repito, es un insulto; y no un insulto á los españoles, contentos con el progreso mas ó ménos lento que les ha llevado la moderna civilizacion, sino á los americanos, á quienes trata de embaucar el señor Sarmiento contando cosas ridículas que todos habrán condenado al olvido tachándolas con razon de inverosímiles. Pasaron ya aquellos tiempos en que decia Lope de Vega:

El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
Hablarle en necio para darle gusto;

y si el señor Sarmiento quiere dar gusto al público, es necesario que en vez de escribir absurdos siga los consejos de su prudente y protector amigo el señor Aberastain,

Abandonando la táctica
De los escritores fútiles,

Y diciendo cosas útiles
Que se presten á la práctica.

Y he querido encerrar esta sentencia en verso para mortificar al prosáico escritor que tan disgustado parece de la poesía, sobre todo de la poesía española, como se infiere de estas líneas que me tomo la libertad de copiar: «... en España todo individuo es poeta, desde el ministro de *finanzas* (*de Hacienda* quiere decir) hasta el actor de teatro, y la primera recomendacion que aventura un español en favor de un amigo oscuro, es que hace muy buenos versos, lo que no prueba sin embargo que Byron ni Hugo hayan nacido por aquellos alrededores.»

Desgracia del señor Sarmiento es no hablar nunca con exactitud. Pudiendo decir, que ni Byron ni Hugo han nacido en España, lo cual seria una verdad incontestable, dice que no han nacido en los alrededores, lo que es absolutamente falso, porque Inglaterra, patria de Byron, y Francia cuna de Víctor Hugo, forman con Italia los alrededores de la península Ibérica. Además, sabida es la predileccion que Byron tenia hácia la poesía española, y en cuanto á Víctor Hugo, si no ha nacido en España no ha dejado de beber sus inspiraciones en ella, pues pasó sus primeros años en Madrid, haciendo su primera educacion en el Seminario de Nobles. Pero suponiendo que Víctor Hugo y Byron hubiesen nacido en el Japon ¿qué deduciriamos de esto? ¿qué la España, es incapaz de producir grandes poetas? Semejante idea solo se le puede ocurrir al señor Sarmiento, á ese buen hombre que quiere parecer literato sin conocer la literatura de su lengua nativa, quizá porque tiene tambien el capricho de leer á oscuras para juzgar los autores tan acertadamente como á la ciudad de Búrgos, donde ni siquiera vió el famoso Papa-moscas, que es como irse de Fraga sin

ver la Maza, ó de Benavente sin ver el reloj, ó de Villalon sin ver el rollo, ó de Toledo sin ver la campana, ó de Jaen sin ver la cara de Dios. Volviendo á la cuestion para terminarla, no tengo inconveniente en decir que la patria de Calderon y Quintana puede muy bien consolarse de no haber producido á Byron ni á Víctor Hugo.

Lo que ménos mal me parece es la pintura que el señor Sarmiento hace de nuestros mendigos, solo me ocurre observar que en lugar de pintar á los pordioseros de España, ha pintado á los de todo el mundo. Dice que llevan en su ropa remiendos de varios colores; pero ¿en qué país no sucede otro tanto? Gracias pueden dar los pobres, merced á la desigualdad de fortunas, mal de difícil remedio en nuestra organizacion social, si encuentran seda ó hilo para coser sus remiendos, y no como sucedia en los tiempos á que se refiere esta seguidilla:

Una vieja remienda
Con una mimbre;
Ello no va curioso
Pero va firme.

Seguidilla que no tiene estribillo, diferenciándose de las observaciones del señor Sarmiento que todas lo tienen bien ó mal traido, como en la de los remiendos de los mendigos de que saca partido para decir que «sobre un fondo antiguo y raido se aplica un remiendo colorado, que quiere decir *constitucion*, otro verde que quiere decir *libertad*, y otro amarillo, que *podria* significar *civilizacion*. Esto es lo que se llama carecer de oportunidad para las analogías ó traerlas por los cabellos porque prescindiendo de la mas ó ménos propia alegoría del colorido con que el autor quiere simbolizar las ideas, nada dice de España que no pueda decirse de

casi todas las naciones europeas. En todos los pueblos regidos por instituciones antiguas, se advierte ese contraste de principios opuestos, ese zurcido de remiendos heterogéneos que subsistirá en dichos países hasta que tengan paño para hacerse un traje enteramente nuevo, y sastres que ajusten bien la medida al cuerpo nacional. Vea el señor Sarmiento lo que sucede en Francia, cuyos progresos elogia con razon: aquí sí que á fuerza de remiendos seria difícil conocer la calidad y color del primitivo traje político.

En cuanto á la aplicacion simbólica de los colores, habria mucho que hablar. Yo no sé porque el remiendo de la *constitucion* ha de ser precisamente *colorado* y *verde* el de la *libertad*; solo sé que el *amarillo* no cuadra bien á la *civilizacion*, porque esta señora es, como el alma para el cuerpo, el soplo vivificador que imprime accion y energía á la máquina social, y por lo tanto debe vertírsela con cualquier color que no sea el amarillo empleado hasta aquí como atributo de la muerte, y no sin motivo, pues la naturaleza misma parece haberle hecho representante de la decadencia en las periódicas evoluciones de la vejetacíon. Verdad es que el señor Sarmiento ha tenido cuidado de decir que el tal color amarillo *podria significar*, lo cual no quiere decir *que significa*; pero ¿porqué dice solo que podria? Sin duda porque no se le ocurrió añadir *pudiera* y *pudiese*. ¿Por ventura, la nacion española no está todavía civilizada? El señor Sarmiento dirá que no; las personas cultas dicen que sí, y esta divergencia de opiniones se comprende bien, recordando que todo es relativo en este mundo. Los blancos pintan al demonio negro, y los negros lo pintan blanco: así tambien los hombres civilizados aceptan como progreso todo lo que moraliza á las masas, dulcifica las costumbres, destierra las crueldades de la tiranía, cualesquiera que sean sus formas y denominaciones y tiende á la

destruccion de todo espectáculo repugnante, en una palabra, todo lo establece una noble alianza entre la razon y los instintos, miéntras los hombres como el señor Sarmiento no aciertan á ver la civilizacion fuera de la barbarie, y por eso este rabioso enemigo del género humano entusiasmado con ese circo neroniano que desgraciadamente vive aun como reflejo de la dominacion romana que tampoco ha hecho mas que cambiar de forma, exclama en uno de sus misantrópicos arrebatos: «Despues de haber visto los toros en España, he lamentado que hayan pasado para nosotros los tiempos *en que se quemaban hombres vivos*, para ir al cabo del mundo *á presenciar sus tormentos, á verlos torcerse, gemir*, maldecir á sus verdugos, ó escoger para morir posiciones nobles, académicas, ó reconocer la autoridad de los caníbales que habian ordenado su suplicio como aquellos gladiadores romanos que saludaban á César al tiempo de morir, porque tan imbécil como eso es la especie humana.»

Esto es gracioso, ó por mejor decir, esto es horrible; pero no : esto es tonto.

¡Cómo estabamos tan atrasados en 1846 nada pudo hallar el señor Sarmiento digno de atencion en la pobre España; nada mas que las corridas de toros, que es precisamente el espectáculo rechazado por la civilizacion. La descripcion que dicho señor hace de las corridas celebradas con motivo de las funciones reales, es tal vez lo mejor que su libro contiene á pesar de sus faltas de exactitud y de lenguaje. Hay falta de verdad en lo que dice acerca de los modernos *caballeros en plaza*, los cuales reciben una pension de la real casa, pero *no una cantidad de dinero* como premio inmediato, *ni empleo alguno en las caballerías*. Hay falta de verdad en decir que el *Chiclanero* « tenia empeño en dejar muerto instantáneamente al toro, para lo cual apuntaba siempre á cierto punto que no tiene

mas diámetro que el de un peso fuerte, y donde el cerebro está mal resguardado » con lo cual quiere decir, *técnicamente hablando*, que lo *descabellaba*, cosa que el *Chiclanero* no ha hecho, ni tal vez intentado en su vida. Esta gracia de descabellar al toro es propia, peculiar y exclusiva de *Cúchares*, de ese famoso torero á quien los inteligentes han considerado como rival de Montes y á quien el señor Sarmiento, que no es inteligente, supone inferior al Chiclanero.

Las faltas de lenguaje tan comunes en el señor Sarmiento, que sin duda es el peor hablista de ambos mundos, tienen la particularidad de consistir en galicismos de palabras y de locuciones, y esto me hace sospechar que dicho señor da como obras originales las que no pasan de ser pésimas traducciones. Solo así se comprende que llame *toreadores* á los *toreros*, *arena* (*l'arène*) á la *plaza*, *corage* (*courage*) al valor, *matador* (*meurtrier*) al *espada*, *bestias feroces* (*bête feroce*) á los *toros*, y que use el verbo *jugar*, (*jouer*) en vez de la palabra propia, que es *lidiar*.

Estos defectos, lo repito, revelan que el que en ellos incurre, carece hasta del mérito de la originalidad, que tampoco bastaria á disculpar tantas extravagancias, y si no fuera porque en la actualidad me rodean ocupaciones mas dignas que la de buscar datos para contestar á un mal traductor, yo rebuscaria los folletines escritos por Teofilo Gauthier, Julio Janin y otros literatos franceses en la época de las funciones reales de 1846, seguro de que hallaria en ellos muchas descripciones que el señor Sarmiento se apropia con el mayor descaro del mundo.

Se conoce, sin embargo, que este literato por antífrasis, ingiere algunas veces cosas de su propia cosecha en las traducciones, y entónces cada palabra que suelta es un ataque á la ciencia, y á la razon. He aquí un disparate que no ha debido traducir, por-

que ciertas faltas de sentido no tienen nada que ver con los galicismos, tan frecuentes en las traducciones serviles. Dice, pues, que habia un balcon en el cual debian colocarse: «la reina, los príncipes franceses, la familia real, la servidumbre de palacio y una *hecatombe* de generales cubiertos de cruces, etc.» ¡Hecatombe de generales! ¿Es posible que un hombre tan eminente, un hombre que escribe obras de educacion, no sepa todavía la significacion de la palabra *hecatombe?* Pues compadezco á la desgraciada juventud que ha de instruirse con las lecciones de un profesor que deberia ir todavía dos ó tres años á la escuela. Dase el nombre de hecatombe, y mas propiamente *hecatomba*, al sacrificio de cien bueyes ó de cien animales de diferentes especies, que los antiguos celebraban para aplacar la cólera ó ganar el afecto de sus dioses. Mas tarde se aplicó la misma palabra por extension á los sacrificios suntuosos, y en general, á todos aquellos en que se inmolaban muchas víctimas; pero siempre dicha palabra ha envuelto la idea del sacrificio de los séres á que se refiere; de modo que una *hecatombe de generales* no quiere decir una porcion, una multitud, sino un sacrificio de muchos generales, cosa que no tuvo lugar, que yo sepa, en las funciones reales de 1846. ¡Bonita hubiera sido la fiesta!

En verdad, no es la clase militar la que ménos enemigos tiene en los pueblos civilizados, pero la antipatía popular hácia dicha clase no es tan fuerte que llegue á producir *hecatombes de generales*. Otra clase hay mas contraria á la civilizacion que los militares, y es la de los malos escritores, la de los literatos que hacen detestables traducciones, intolerables plagios, disparates groseros; en una palabra, la de los pobres petates, que no sabiendo leer, se meten á escribir, y no veo yo lejano el dia en que cada pueblo sacrifique un centenar de estos feroces bípedos de la misma ma-

nera que los antiguos sacrificaban cien bueyes. El dia que se verifique una *hecatombe* de esta especie, bien puede el señor Sarmiento tomar las de Villadiego, porque si le echan el guante no tiene escapatoria.

Y en efecto esta clase de escritores que quieren suplir con la travesura la falta de ciencia y de conciencia, son perjudiciales, no por el daño que hacen á los pueblos, á las instituciones ó á las doctrinas que nada tienen que temer de tan débiles enemigos, sino por los errores, por las preocupaciones que siembran entre las gentes sencillas que reciben como artículo de fe todo lo que dicen los libros. Figúrense mis lectores qué ideas tan extrañas se habrán formado algunas personas acerca de la nacion española al ver que hay quien dice en letras de molde «que esta nacion es la que ménos puede pretender á nada suyo en trabajos de inteligencia.»

«Que entre los versificadores españoles jamás se vió un Byron, ni un Goethe, ni un Lamartine, ni un Beranger.»

«Que un *vaudeville* le causa mayores sensaciones que todo el teatro español antiguo y moderno.»

«Que el pueblo español no cree en la existencia del ruso, tiene al aleman por algo problemático, no viendo mas que fábulas, mitos ó invenciones de poetas en lo que se refiere á los suecos ó dinamarqueses.»

«Que en Madrid no hay mas cafés donde pueda reunirse la gente de buen tono que los cafés franceses.»

«Que los únicos trabajos históricos y literarios de nuestros dias relativos á España, son debidos á escritores extranjeros.»

«Que los puristas españoles hacen un idioma de convencion que llegará á ser incomprensible, cosa que no ha de traer gran daño al mundo intelectual.»

« Que Rivadeneira es el primero, por no decir el único impresor de España. »

« Que hay un Buis y un Madoz que tienen grandes establecimientos tipográficos, pero que sus máquinas de imprimir están inutilizadas porque no hay quien las entienda, ni aun siquiera quien sepa componer un tornillo que falta en una de ellas. »

« Que no se estudian las ciencias naturales. »

« Que ningun español ha hecho estudios geológicos sobre el suelo de España. »

« Que ninguna industria se ha introducido en tres siglos, salvo la fabricacion de malísimas pajuelas fosfóricas. »

« Que hoy se imprime peor en España que dos siglos atrás. »

« Que no hay grabadores. »

« Que la *España pintoresca y monumental* están grabadas, ó litografiadas en Paris para venderlas en España. »

Y enfin, dejando á un lado otras mil majaderías, « que la Matilde Diez salia siempre á las tablas á representar acompañada de un perro, de un mastin que entusiasmaba á los espectadores hasta el punto de arrancar tormentas de aplausos. »

Las personas que conocen la verdad ó que han visto al señor Sarmiento la punta de la oreja, saben el caso que deben hacer de este racimo de sandeces que ya habrán condenado al desprecio. Sin embargo, estas mismas personas animadas por un santo amor á la verdad, recibirán con benevolencia, estoy seguro de ello, la rectificacion de estos errores que tienden á rebajar el prestigio de los pueblos, y hasta ofenden á la moral pública á los ojos de los que ven la mentira sancionada por la institucion de la imprenta. Procuraré ser breve en la refutacion de estos cargos :

1º La nacion que bajo el reinado de Felipe IV creó una literatura nacional que todos los pueblos cultos admiran, y en donde muchos de los mas notables ingenios extranjeros confiesan haberse inspirado para escribir sus principales obras; la que en aquella misma época produjo en la pintura á los Murillos y Velazquez, rivales de Miguel Angel y de Rafael; la nacion que dió á Cárlos III un Florida Blanda y un Campomanes, en el siglo en que brillaron tambien Iriarte, Jovellanos y Bails; por último, la nacion que ha hecho una revolucion en la mecánica con el descubrimiento del vapor, puede y debe aspirar á desempeñar un papel importante en los trabajos de la inteligencia.

2º No niego yo el mérito de Byron, Goethe, Lamartin y Beranger; al contrario creo que estos ilustres poetas valen tanto, pero no mas que muchos autores españoles cuyos nombres populares en todo el mundo me parece ocioso citar. Diré aquí de paso que el verso octosílabo, que el señor Sarmiento llama *metro de ciego*, dista mucho de la monotonía del alejandrino que usan con preferencia los franceses, cuya lengua, por otra parte, no puede compararse con la castellana en las condiciones armónicas tan esenciales para la entonacion poética.

3º Que hay *vaudevilles* muy buenos y muy malos, sin que los buenos excedan á muchas de nuestras comedias modernas ni alcancen á muchas de las antiguas.

4º Que el pueblo español, como todos los pueblos del mundo, tiene de todo, gentes que no han saludado la geografía, gentes que la estudian superficialmente, y gentes que pueden dar lecciones de dicha ciencia al señor Sarmiento por mas que este señor haya recorrido las tres quintas partes del mundo. Esto es una verdad, como tambien lo es que ningun españ-

mas ignorantes es tan ignorante como supone el señor Sarmiento, porque dudar de la existencia de la Alemania, y negar la de los suecos y dinamarqueses, no se concibe hoy en ninguno de los séres europeos dotados de razon, aun que no sepan leer ni escribir. Todavia me atraveré á decir otra cosa y es que si las ciencias, las letras, las artes y la industria tienen actualmente ménos representantes en España que en Francia, no por eso puede decirse que la masa general del pueblo francés está mas adelantada que la del pueblo español. Nada de eso: yo he podido observar por mi mismo á los dos pueblos, y no reparo en asegurar que los campesinos, los pastores, los hombres mas montaraces de España están hoy mas civilizados que la gente de humilde condicion, y tambien mas que muchos individuos de la clase media en francia. Esto es singular: en una nacion como la francesa, tan rica hoy de hombres privilegiados, las nueve décimas partes de los habitantes son intolerantes en las cuestiones religiosas, creen todavia en las brujas, se hacen echar todos los dias las cartas tomando al pié de la letra cuanto dicen los que viven anunciando la buena ventura; es decir que viven ó mas bien vejetan rodeados de las mismas ideas limitadas, groseras, supersticiosas de los primitivos galos. ¿Cómo se explica este fenómeno? Por la ley de compensacion que rige misteriosamente al mundo moral lo mismo que al mundo físico. No parece sino que cada país tiene siempre en circulacion una misma cantidad de inteligencia, de modo que, para que la naturaleza haya dotado con prodigalidad á los unos, es necesario que haya desheredado á los otros; para elevar unos cuantos millares de individuos al rango de los semidioses, rebaja otros cuantos millares de familias al nivel de los imbéciles. Nosotros, es verdad, no tenemos hoy hombres que rivalicen con Arago en la astronomía, ni con Dumas en la quí-

mica, ni con Paul de la Roche en la pintura, ni con Víctor Hugo en la poesía, ni con Auber en la música, ni con Proudon en la filosofía; pero tenemos sin embargo buenos astrónomos, buenos químicos, buenos poetas, buenos pintores, buenos oradores, en lo que tal vez aventajamos á los franceses ya que no estemos muy sobrados de músicos y de filósofos, y tenemos sobre todo un pueblo bastante inteligente, bastante civilizado para no aceptar ya las extravagantes preocupaciones que el dominio de la ciencia no ha podido exterminar en Francia.

5º Que en Madrid no hay mas que tres cafés franceses, uno en la calle de Peligros, otro en la Angosta de San Bernardo, y otro en la de Chinchilla, y son tal vez los tres cafés ménos concurridos de la capital. Los tres principales son el del Iris, de un catalan, el de la Iberia, de un asturiano, y el Suizo, que es verdaderamente suizo y no francés. Despues siguen el de Amato, que es italiano, el de Pombo, el del Recreo y otros ciento, mas ó ménos brillantes y concurridos, pero todos españoles, y superiores en uno y otro concepto á los franceses.

6º Que porque en España se traduzcan algunas obras, principalmente cuando estas se refieren á nuestra historia política ó literaria no debe suponerse que no se publican con mayor aceptacion otras originales. Esto quiere decir que la nacion tiene hoy lectores para las obras españolas, y para las extranjeras, lo cual léjos de mostrar decadencia ó postracion, indica progreso.

7º Que los puristas son efectivamente exajerados en resucitar voces anticuadas, pero vale mas esto que inundar de galicismos la hermosa lengua de Castilla, la cual por su literatura, por lo que la riqueza y extension de los países en que se habla importa al comercio, y por lo que los mismos países pueden llegar á representar en el mundo, debe cultivarse, perfeccio

narse y no envilecerse ni ensarmentarse, lo que causaria grave daño á la inteligencia.

8º Que el señor Rivadeneira es un impresor apreciable por su laboriosidad y talento, pero ni es el único ni el primer impresor de España, y no digo mas.

9º Que el sugeto á quien el señor Sarmiento da el nombre de Buis, no es Buis sino Boix, el cual, efectivamente, unido en aquel tiempo con el señor Madoz, tenia un gran establecimiento provisto de máquinas útiles, porque en Madrid hay muchos que las entienden y en ninguna aldea de España falta un herrero capaz de componer un tornillo. Lo que no hay en España, ni en Europa, ni en América es una persona que apriete el tornillo que debe haberse aflojado en el cerebro del señor Sarmiento, el cual por esta desgracia anda con tanta regularidad como el reloj de un vecino mio, que tiene unas horas mas largas que otras.

10º Que se estudian las ciencias naturales, y lo que es mas, se estudian con aprovechamiento, con fruto, como que los que las enseñan saben lo que hacen, por no parecerse al señor Sarmiento que escribe obras de educacion ignorando lo que mas deberia saber, que es la lengua en que se ha de explicar.

11º Que eso de afirmar que ningun español ha hecho estudios geológicos, raya en la insensatez; porque en una nacion de catorce millones de habitantes no puede saberse lo que cada uno ha hecho ó dejado de hacer. Mis lectores comprenderán que en España como en todas las naciones cultas hay gente aficionada al estudio de la geología, como conocerán tambien que el hombre que tales cosas ha escrito, está visiblemente inspirado por un ódio profundo á la nacion española, cosa que no me sé yo explicar, porque concibo el resentimiento contra un individuo, y hasta contra un gobierno de quien se ha recibido agravio, pero no contra toda una nacion que no ha podido agraviar á un solo

hombre, máxime cuando la nacion es tan importante como la España, y el hombre tan insignificante como el señor Sarmiento.

12º Que no hay ningun pueblo en el mundo donde en el periodo de tres siglos no se introduzca alguna industria, y en cuanto á las pajuelas fosfóricas, no solo se ha introducido esta industria, sino que tanto en su calidad como en su baratura llevamos mucha ventaja á los franceses. Para probar esto bastará decir que en España se usan cerillas sumamente blancas y limpias en las cuales prende la llama sin necesidad del azufre que tanto incomoda en los groseros palitroques que venden en Paris.

13º Que la tipografía se ha perfeccionado y se perfecciona de dia en dia como todo lo que es susceptible de perfeccion, razon por la cual se imprime hoy en España y en todo el mundo mejor que dos siglos atrás.

14º Que hay grabadores que hacen magníficas obras en cobre y acero, y si el señor Sarmiento quisiera tender una mirada por las infinitas publicaciones ilustradas que hoy se hacen en Madrid, se persuadiria de que los grabados en madera son ya tan buenos en aquella capital como en Francia. Recomiendo á dicho señor entre otras cosas la *Historia de España*, ilustrada, que acaban de publicar los señores Gaspar y Roig.

15º *Que la España Pintoresca y Monumental* se han grabado y litografiado en Paris, pero no sabe el señor Sarmiento que los grabados y litografías son de artistas españoles, y en particular del señor D. Genero Perez Villamil uno de los pintores mas notables que hoy tiene la Europa.

En fin, que el cuento del perro acompañando á la Matilde Diez en las representaciones teatrales, no es del todo malo como invencion, pero á la desventaja de su inverosimilitud añade la palidez de su prosáica forma, porque el señor Sarmiento tiene poquísima gra

la narracion. No es creible que la actriz española se hubiera permitido abusar de las simpatías que tiene en la córte de España, ni que el público y las autoridades hubiesen nunca consentido en semejante abuso. Lo mas que pudo suceder es que el perro de la Matilde Diez se introdujese algun dia entre las lunetas picado por el deseo de conocer al señor Sarmiento, porque un ente tan raro como este debe excitar la curiosidad, no solo de los hombres, sino la de todos los animales domésticos. Apuesto á que los gatos encrespaban la cola, y el perro de la señora Diez se quedó estupefacto al ver al señor Sarmiento.

Ya que hemos hablado de la Matilde Diez, diré que es repugnante, por no decir criminal, eso de ir á contar al público si dicha señora vive ó no en buena armonía con su marido. Un paso faltaba nada mas para que la obra que nos ocupa fuese un libelo infamatorio, y su autor dió ese paso insultando á personas que no le han ofendido, y cuya vida privada siempre deberia respetarse. ¿Cómo el señor Sarmiento ha descendido hasta este punto?

Mas Sarmiento no ha caido,
Ni siquiera ha tropezado.
Está donde siempre ha estado,
Siendo lo que siempre ha sido.
No señor, no ha descendido,
Porque esto no puede ser;
Pues es fácil comprender,
Sin que deba demostrarse,
Que el que no llegó á elevarse
No ha podido descender.

Y esto lo digo en octosílabos, en el *metro de los ciegos*, para que le dé mas coraje al señor Sarmiento.

Quisiera yo saber porqué razon este hombre se ha mostrado tan enconado contra el actor Romea y su es-

posa la señora Diez, pues dedica toda una página de su libro á murmurar, no ya del mérito de dichas personas como artistas, sino de las mas delicadas interioridades de la vida privada. Mucho me he calabaceado para darme la razon de esta conducta, concluyendo al fin con explicármela de esta manera: el señor Sarmiento aborrece al señor Romea y á la señora Diez, porque aborrece á todos los españoles. Pero ¿porqué aborrece á los españoles el señor Sarmiento? Esta es una cuestion que no podré yo resolver tan fácilmente.

En primer lugar diré que en el estado normal no comprendo como puede un hombre odiar á todo un pueblo. La pasion del ódio solo se desarrolla en tan gigantescas proporciones cuando obra el fanatismo político ó religioso, excitado por las crueldades de la guerra. Por eso no debemos extrañar que los españoles aborreciesen en 1808 á los franceses; pero, sin que se hayan borrado enteramente los recuerdos de aquella terrible contienda, puede asegurarse que no existe hoy una persona de mediano juicio, cuyos resentimientos contra el conquistador ó contra determinados individuos de quienes recibiere agrabio directo, se extienda á todo el pueblo francés, que no tiene ni tenia entónces culpa de los sucesos y excesos consiguientes á una lucha costosa y lamentable para todos. Concibo igualmente que durante la guerra de la independencia americana hubiese hombres en el nuevo mundo capaces de extender á todos los españoles el rencor que profesaban á sus enemigos armados; pero decidida la cuestion, restablecida la calma con la paz, y habiendo trascurrido ya tantos años, solo un Sarmiento puede conservar vivo el ódio hácia los que no hemos tenido en aquellos acontecimientos ninguna parte, ni tal vez noticia de ellos si no los publicase la historia. Hay razones además para creer que el olvido á lo pasado debió producirse mas rápidamente en los americanos separa-

dos de los españoles, que en estos, respecto de los franceses. Terminada la guerra de la península, España y Francia dejaron de ser enemigas para ser indiferentes, no habiendo entre los hijos de ambas naciones ninguna antigua simpatía que poder resucitar, ningun lazo comun que obrase una completa reaccion. Los unos eran franceses y los otros españoles; hombres de distinta raza, de distinta lengua, de distintas costumbres, y hasta cierto punto, de distintas creencias, quedaron como ántes estaban, en ese estado que excluyo todo sentimiento de ódio y de amor. En América muy al contrario; la sangre derramada por propios y extraños en los combates, era idéntica, y mas bien pedia reconciliacion que venganza: una revolucion pudo convertir por algun tiempo en enemigos á los que la naturaleza habia hecho para siempre hermanos; pero ningun resentimiento bastaba á borrar el recuerdo de que toda aquella sangre habia sido enviada por una misma arteria á distintas venas. Desterrados de la memoria los azares de la guerra, volvieron á estar acordes los acentos que habian parecido disonantes: los españoles disfrutaron en todos los estados independientes esa cariñosa hospitalidad que solo se concede á individuos de la misma familia, y los americanos, pudieron viajar, vivir, establecerse en España, gozando de esas garantías genealógicas que no pueden dar los tratados de derecho internacional.

Estas ventajas recíprocas, fundadas en una afeccion indestructible, son superiores al gobierno y á la misma legislacion. En prueba de ello podrian citarse muchos nombres de americanos residentes en Madrid, á quienes la nacion española da participacion en los negocios, entrada en las corporaciones oficiales, otorga en fin, todos los derechos de ciudadanía, sin exigirles fórmula alguna de naturalizacion, y todo esto con el asentimiento público, lo que por otra parte es muy

natural. Pues qué, el hijo que tiene vida propia por que se casa ó por que habiendo llegado á mayor edad se hace independiente ¿necesita alguna recomendacion, alguna credencial para entrar cuando le plazca en casa de sus padres y de sus hermanos?

Inútil me parece insistir hablando de la franca hospitalidad, de la noble correspondencia de los españoles respecto de los americanos, puesto que el mismo señor Sarmiento así lo ha reconocido y confesado en su libelo. Pero entónces, ¿porqué este señor muestra tanta aversion á los españoles? ¿Crée acaso que por haber nacido en tan apartadas regiones no pertenece á nuestra raza? El apellido Sarmiento, célebre en España desde que el famoso Pedro Sarmiento de Gamboa, hizo su atrevida excursion al estrecho de Magallanes, en 1579, no ha dejado de figurar despues entre nosotros; y el alma se conduele al considerar que ese Sarmiento, á quien dedico este folleto, es tal vez descendiente de alguno de esos varones ilustres cuya tumba insulta no pudiendo arrojar sus cenizas con execracion al viento. Pero aunque el señor Sarmiento probase su procedencia italiana, francesa ó rusa, lo que no es verosímil, ¿justificaria por eso su conducta? ¿Porqué esa aversion á todo un pueblo? ¿Porqué? Esta pregunta, despues de los arranques de misantropía que en dicho señor hemos visto, tiene una contestacion que no admite réplica. Dijimos ántes que el señor Sarmiento odiaba á la señora Diez y á D. Julian Romea, porque aborrece á todos los españoles: dirémos ahora que aborrece á los españoles, porque ódia á todo el género humano.

Me permitiré, sin embargo, observar que esa misantropía no es verdadera; es una parodia, una copia, una malísima traduccion como todas las que el autor hace. La misantropía cuanto mas severa es, mas justa, y el señor Sarmiento infringe á sabiendas los principios

de la equidad; la misantropía condena los vicios agenos sin envanecerse de sus propias virtudes, y el señor Sarmiento se pone ronco cantando sus propios triunfos, debiendo advertirse que su poca modestia le hace forjar victorias que de seguro no ha alcanzado.

Ya hemos visto lo que dice este señor acerca de sus entrevistas con las notabilidades francesas. Veamos ahora como pinta una escena que tuvo lugar entre él y varios literatos españoles. Dice pues, dirigiéndose á su amigo D. Victoriano Lastarria, persona de quien ya tenia yo noticias favorables relativamente á la pureza con que maneja nuestra lengua:

«He venido á España con el santo propósito de levantarla el proceso verbal, para fundar una acusacion, que, como fiscal reconocido ya, tengo de hacerla ante el Tribunal de la opinion en América; á bien que no son jueces tachables por parentesco ni complicidad los que han de oir mi alegato. Traíame además el objeto de estudiar los métodos de lectura, la ortografía, pronunciacion y cuanto á la lengua dice relacion. De lo primero he hecho una pobre cosecha, y del resto, encontrado secretos que á su tiempo verán la luz. Imaginaos á estos buenos godos hablando conmigo de cosas varias, y yo anotando:—no existe la pronunciacion áspera de la *v*—la *h* fué aspirada, fué *j*, cuando no fué *f*—el francés los invade—no sabe lo que se dice este académico—ignoran el griego—traducen, y traducen mal, lo malo. A propósito, una noche hablabamos de ortografía con D. Ventura de la Vega y otros, y la sonrisa del desden andaba de boca en boca rizando las extremidades de los labios. Pobres diablos de criollos, parecian disimular, ¡quién los mete á ellos en cosas tan académicas! y como yo pusiese en juego baterías de grueso calibre para defender nuestras posiciones universitarias, alguien me hizo observar que, dado caso que tuviesemos razon, aquella desviacion de

la ortografía usual establecia una separacion embarazosa entre España y sus colonias. Este no es un grave inconveniente, repuse yo con la mayor compostura y suavidad; como allá no leemos libros españoles, como ustedes no tienen autores, ni escritores, ni sabios, ni economistas, no políticos, ni historiadores, ni cosa que lo valga; como ustedes aquí, y nosotros allá traducimos, nos es absolutamente indiferente que ustedes escriban de un modo lo traducido, y nosotros de otro. No hemos visto allá mas libro español que uno que no es libro, los artículos de periódico de Larra; ó no sé si ustedes pretenden que los escritos de Martinez de la Rosa son tambien libros; allá pasan solo por compilaciones, por extractos, pudiendo citarse la página de Blair, Boileau, Guizot, y veinte mas, de donde ha sacado tal concepto ó la idea madre que le ha sugerido otro desenvolvimiento. Lo que daba mas realce á esta peroracion era que, á cada nueva indicacion, yo afectaba apoyarme en el asentimiento unánime de mis oyentes. Como ustedes saben... decia yo, como ustedes no lo ignoran... ¡Oh! estuve admirable, y no habia concluido cuando todos me habian dado las buenas noches.»

Ya lo ven ustedes: el señor Sarmiento se llama *fiscal reconocido*, cuando dice que trata de levantar el proceso verbal á la nacion española. Le ha faltado decirnos los nombres de las personas que reconocen su competencia fiscal; pero probablemente lo ha omitido por no citar su propio y único nombre.

Buena debia estar la conversacion del señor Sarmiento con aquellos *pobres godos*, entre los cuales cita á D. Ventura de la Vega, si en efecto tal escena tuvo lugar, porque yo como Quevedo decia en su magnífico *octosílabo*:

Con mi licencia lo dudo

ó por mejor decir, no lo dudo, lo niego, y voy á decir porqué. La casualidad ha hecho que el señor Vega D. Ventura haya venido á pasar la temporada de verano en Paris. Yo que lo sabia fui á verle tan pronto como recibi la obra en que el señor Sarmiento se permite decir cosas tan estupendas, citando nombres propios, y D. Ventura de la Vega, voto nada sospechoso en la cuestion, porque precisamente es paisano del señor Sarmiento y no tiene ningun interés en ocultar la verdad, me contestó delante de varias personas, que no solo es falso lo que se dice en las lineas que mas arriba he copiado, sino que recuerda no haber visto en Madrid al señor Sarmiento. ¿Qué tal, lectores mios, tengo yo motivos ahora para dudar que el jactancioso viajero haya estado en Paris? Empiezo á creer que tampoco ha estado en España y que sus descripciones de *Europa* son malas traducciones de obras de viajes, zurcidas por medio de algunos párrafos estrambóticos que ha intercalado con el laudable fin de tributarse incienso. Sin embargo, no tengo empeño en negar que haya estado en Paris, en Madrid y aunque sea en Mozambiqué: basta á mi propósito hacer ver que si ha visitado estos paises, no ha sabido escribir sobre cosas útiles, como lo hubiera deseado el señor Aberastain, y que ni siquiera ha dado de las costumbres de Europa una idea que se aproxime á la verdad, con lo cual ha burlado las esperanzas de sus compatriotas.

Dueño es el señor Sarmiento de decir que en España no hay autores, ni escritores, ni sabios, ni economistas, ni políticos, ni historiadores, ni cosa que lo valga, por mas que en todos los ramos indicados tengamos hombres de reputacion europea; pero eso de asegurar que en América no se leen los libros españoles, me choca á mí, por lo que debe chocar á los paisanos del señor Sarmiento, los cuales prueban lo contrario en el ilustrado apoyo que prestan á la librería